



Agustín Moreto

# **San Franco de Sena**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Agustín Moreto**

# **San Franco de Sena**

## PERSONAS

FRANCO DE SENA.

AURELIO.

LUCRECIA.

LESBIA.

DATO, gracioso.

MANSTO, viejo.

FEDERICO.

EL ÁNGEL CUSTODIO.

UN SARGENTO.

UN ESCRIBANO.

UN VECINO.

UNA NIÑA, villana.

HOMBRES.

ALGUACILES.

SOLDADOS.

BANDOLEROS.

VILLANOS.

FRAILES.

PARCIALES DE FEDERICO.

ÁNGELES. -MÚSICOS.

La escena es en Sena y sus inmediaciones

Jornada primera.

Calle.

ESCENA I

FRANCO y AURELIO, dentro; después, LUCRECIA y LESBIA, con mantos; luego, DATO.

FRANCO (Dentro.)

No huyáis; que yo solo soy.

AURELIO (Dentro.)

Algún diablo es. ¿Qué esperamos?

LUCRECIA (Sale con Lesbia.)

Tápate, Lesbia, y huyamos;  
sígueme.

LESBIA                    ¡Temblando voy!

FRANCO (Dentro.)

Síguelas, Dato.

DATO (Dentro.)

Eso intento.

LUCRECIA Dobleemos presto la esquina,  
que nos pueden ver.

LESBIA                    Camina,  
que ya ganamos el viento.

(Vanse Lucrecia y Lesbia.)

DATO (Sale.)

No se han de escapar, si puedo;  
que pues huyo este furor,  
si no las alcanza amor,  
las ha de alcanzar mi miedo. (Vale.)

ESCENA II

AURELIO y VARIOS HOMBRES acuchillándose con FRANCO, que los acosa.

FRANCO Todo el infierno horroroso  
en mí sus furias previene.

AURELIO Ya por la gente que viene,  
retirarnos es forzoso;  
mas yo buscaré ocasión,  
si aquí este indulto le vale.

(Vase y te siguen todos, excepto uno, que se queda a la espalda de Franco.)

HOMBRE 1º (Procurando sujetar a Franco por detrás.)

Esta es mejor.

HOMBRE 2º (Dentro.)

Dale, dale.

FRANCO (Desprendiéndose de él y arrojándolo al suelo.)

¡Ah vil canalla! ¿A traición?

Aunque ya en el suelo estés,  
te he de matar, voto a Dios.

HOMBRE 1º Ten; por la Madre de Dios  
del Carmen, que no me des.

FRANCO La sangre, hombre, me has helado,  
¿qué aguardas? ¿Ya no me ves  
sin acción? ¿Válgate, pues,  
tan soberano sagrado.  
Y entre tanta maldad mía,  
tanta blasfemia y furor,  
sirva de freno a mi error  
el respeto de María.

(Vase el hombre.)

En mí seña no imagino  
de cristiano, si no es ya  
esta atención, que me da  
su escapulario divino;  
que aunque duro el corazón  
tanto al vicio se ha entregado,  
que de Dios vivo olvidado,  
conservo esta devoción.  
Porque ya que allá mi celo  
no pueda tener lugar,  
siquiera para llamar,  
quiero esta aldaba, en el cielo.  
Mas ya que a uno, compasivos  
mis rigores, fueron puerto,  
¿cómo, sin quedar yo muerto,  
se fueron los otros vivos?  
Aunque fueran veinte más,  
hoy a mi brazo valiente  
han de morir.

ESCENA III

MANSTO. -FRANCO.

MANSTO Franco, tente.

FRANCO ¿Quién llama?

MANSTO Hijo, ¿dónde vas?

FRANCO Luego vuelvo.

MANSTO ¿Dónde o cuándo?

FRANCO Por vida...

MANSTO Ten, no he de oírte.

FRANCO Déjame, padre.

MANSTO (Sujetándole arrodillado.)

No has de irte,  
o has de llevarme arrastrando.

FRANCO ¿Qué hacéis, padre? Alzad del suelo.

¿Vos os hacéis este ultraje?

(Ap. ¡Qué así mi cólera ataje!

¿Qué quiere de mí hoy el ciclo?)

MANSTO No mi prudente consejo,  
hijo, el respeto te deba,  
ni el ser tu padre te mueva,  
sino este llanto en un viejo.

Toda Sena alborotada  
tienen hoy tus desvaríos,  
todos son oprobios míos,  
y aunque está escandalizada,  
nadie se atreve, ni el juez,  
a reportarte siquiera.

FRANCO Pues si alguno se atreviera,  
¿volviera segunda vez?

MANSTO ¿Qué ocasión hubo, hijo mío,  
para tan grande rumor?

¿Qué ha sido?

FRANCO Nada, Señor.

MANSTO ¿Dónde ibas?

FRANCO ¡Qué desvarío!

MANSTO Dímelo, así Dios te guarde.

FRANCO Iba (ya que me amohínas)

a matar cuatro gallinas;  
mas por ti lo haré a la tarde.

MANSTO ¡Ay, hijo! No te aconsejo  
que hagas tal; que mi regalo  
sólo es que tú no seas malo.

FRANCO (Ap. ¡Qué bien que lo entiende el viejo!)

Iba, porque de ese modo  
en entenderlo no tardes,  
a matar cuatro cobardes.

MANSTO ¡Válgame Dios!

FRANCO Y a mí, y todo.

MANSTO Pues ¿qué ha sido la ocasión?

FRANCO No es para decirla a ti.

MANSTO No me la niegues, así  
te alcance mi bendición.

FRANCO (Ap.)

De respeto y de temor  
que le tengo, si a decir  
lo llevo, por no mentir,  
he de contarle mi amor.

MANSTO Ya mi atención se apercibe.

FRANCO Yo vi en el Prado una dama

que ni sé cómo se llama,  
ni quién es ni dónde vive.

Parecióme muy airosa;  
mírela, y acá en secreto,  
yo me enamoré, en efecto,

que voto a Dios, que es hermosa.  
No osé decirla, ignorante,  
esto de ansias y memorias;  
que yo no sé más historias  
que hablar claro y adelante.  
Fuese, y mi pena sintió,  
ya que hiriéndome se fuera,  
no haberla dicho siquiera:  
«Reina mía,» o qué sé yo.  
Hoy al salir de la misa  
la vi, seguía al instante,  
perdió en el camino un guante,  
fui a cogerle; y tan aprisa  
como yo, un mozo pulido,  
medias de pelo al desgaire,  
destos de puntas al aire  
en la espada y el vestido,  
que siempre a atención provoca  
antes que los labios abra,  
retruécano en la palabra  
y fruncimiento en la boca,  
alargó con bizarrías  
la mano a tomarme el guante,  
a lo de «suelte el bergante».  
Pero yo, puestas las mías  
en su pecho y en mi espada,  
en la pared con él dí,  
que a dar de cabeza allí,  
quedara como pellada.  
La espada con arrogancia  
sacó entre otros camafeos,  
con muchísimos meneos  
y poquísima sustancia.  
Yo pensé, al verme en un tris,  
por uno y por otro lado  
de tanto mono cercado,  
que era danza de país.  
La dama huyó, y yo, que estaba  
mirándola que se fuese,  
dije a Dato la siguiese,  
mientras que yo los mataba.  
Fuese, y a tan buena luz  
quedó la obra comenzada,  
que a la primer santiguada  
se me pusieron en cruz.  
Los que delante tenía,  
los pies me fueron glosando,

porque ellos iban sacando  
tantos como yo metía.  
Huyeron con Barrabás,  
y uno que a mis pies hallé,  
se libró por no se qué,  
fuese con Dios, y no hay más.  
MANSTO Franco, hijo mío, ¿a qué fiera  
no moviera dolor tanto?  
¿Qué piedra tu pecho altera?  
Que aun una piedra no hiciera  
tal resistencia a mi llanto.  
¿Qué privilegio asegura  
tu libertad y furor?  
La justicia, tu locura  
disimulando, madura  
el castigo de tu error.  
De su república en Sena  
soy un pobre ciudadano,  
que al trabajo se condena,  
y si come, acaso cena  
de la labor de su mano.  
Mi pobre hacienda he vendido  
para darte estimación;  
con ella al estudio has ido,  
mas tú solo has aprendido  
a no tener corazón.  
Aprendiste a ser cruel,  
vengativo y jugador,  
sin ley y sin Dios, infiel;  
mas si lo eres con él,  
¿de qué se ofende mi amor?  
Tan malo debes de ser,  
porque has perdido, en efeto,  
cuanto bien puedes tener,  
que el que a Dios pierde el respeto  
no tiene ya qué perder  
¿qué santo en el cielo habrá  
no de tu lengua ofendido?  
Hónralos siquiera acá,  
porque de su injuria allá  
ninguno se ha defendido.  
Todos te temen; y a ser  
llegan ya por varios modos  
enemigos, que a mi ver,  
aquel a quien temen todos,  
a todos debe temer.  
Sólo oigo quejas y enojos,

y mi llanto es tu disculpa,  
porque viendo estos despojos,  
ven que yo lavo tu culpa  
con el agua de mis ojos.  
Toda mi hacienda has jugado,  
sólo este pobre vestido  
que me cubre me has dejado,  
que a ser de ti reservado,  
el no valer le ha valido.  
Blanco el cabello me hallo;  
que tu tiranía ingrata  
pudo a pesares Madiola,  
si no es que para gaguillo  
me lo hayas vuelto de plata;  
y sin duda que a jugar  
mis canas vas en rigor,  
porque después de llorar,  
hay veces que de dolor  
me las haces arrancar.  
Vuelve a enmendar tu torpeza,  
Franco, por tu mismo honor;  
que en el que ciego tropieza,  
cuando el caer es flaqueza,  
el levantarse es valor.

FRANCO Haz más corta la oración,  
padre, para corregirme;  
que, por Dios, que en mi atención  
iba tan largo el sermón,  
que he estado para dormirme.

MANSTO Mi razón ¿no te ha movido?

FRANCO ¿Qué razón?

MANSTO ¿No la conoces?

FRANCO ¿A quién?

MANSTO Pues ¿no me has oído?

FRANCO Sí, pero yo no he entendido  
más, que has dado muchas voces.

ESCENA IV

DATO. -Dichos.

DATO Perdiéronse, en conclusión,  
el demonio que las halle.  
Más vueltas dí por la calle  
que el asno de San Antón.

FRANCO ¿Dato?

DATO En vano me apellidas.

FRANCO ¿Qué, no las has conocido?

DATO Antes sí, pues he sabido  
que son mujeres perdidas.



FRANCO ¿Qué dices? ¿De qué lo infieres?

DATO De no hallarlas.

FRANCO Calla.

DATO Callo.

FRANCO ¿Tú la infamas?

DATO Si no la hallo,

¿Qué más perdida la quieres?

FRANCO ¡Infame! ¿fuiste a perdellas?

Matarte es poco.

DATO Eso no;

Pues ¿he de perecer yo

porque no parezcan ellas?

MANSTO Tú de su exceso, villano,  
eres causa.

DATO ¿Yo? ¿por qué?

Vive Dios, que no seré

causa yo de un escribano.

MANSTO Si a verte en mi casa llego,

te he de dar la muerte, loco.

DATO Ten al viejo, que ve poco,

y dará palo de ciego.

FRANCO Señor, ¿qué quieres de mí?

MANSTO ¿Tú desprecias mi consejo?

Desesperado te dejo,

quédate; mas ¡ay de ti!

Y plegue a la indignación

del cielo, a quien tú maldices...

FRANCO Tente, Señor.

MANSTO ¿Qué me dices?

FRANCO Que no me echés maldición.

MANSTO Con ella obligarte quiero.

FRANCO Pues sino me he de enmendar,

sólo servirá de echar

la soga tras el caldero.

MANSTO Pues iréme, y con mi llanto,

a Dios por tu error moviendo,

a voces iré diciendo...

FRANCO ¿Qué dices?

MANSTO Que te haga un santo. (Vase.)

ESCENA V

FRANCO, DATO.

FRANCO No, sino un demonio.

DATO Amén.

FRANCO ¿Qué dices? Que por San Pablo...

DATO ¡Yo! que Dios te haga un gran diablo.

FRANCO Eso me estará más bien.

Corrido estoy, y muriendo,

de que las hayas perdido.

DATO ¿No quedo yo más corrido  
te haberlas ido siguiendo?

FRANCO Pues ¿metiéronse en el centro?  
¿Cómo de ti se apartaron?

DATO Señor, como no pararon,  
las perdí al primer encuentro;  
mas aunque ella no se halle,  
la calle sé dónde está.

FRANCO Siendo así, hallarla será  
cierto.

DATO Eso, como en la calle.

FRANCO Vive Dios, que la he de hallar,  
si mil vidas aventuro.

DATO Y ¿lo juras?

FRANCO Y lo juro.

DATO ¡Jesús! pues no hay que dudar.

Mas si no sabes su nombre,  
¿qué es lo que intentas hacer?

FRANCO Sea quien fuere, ¿no es mujer?

DATO ¡Mas no, sino fuera hombre!

Y ¿si es principal, y sobre  
lo tal, para decir no,  
fuese muy rica?

FRANCO Pues yo  
¿para qué la quiero pobre?

DATO Y ¿si mostrase desdén  
y fuese dura?

FRANCO Ablandarla.

DATO Y ¿si no quiere?

FRANCO Matarla.

DATO ¡Vive Dios, que has dicho bien!

Mueran estas socarronas,  
ingrata no ha de quedar;  
lo primero he de matar  
ciento y cincuenta gorronas.

FRANCO ¿Por qué?

DATO Porque traen por flor  
en cualquier lance el no quiero;  
y parándose a un cochero,  
huirán de un comendador.

FRANCO Vamos, que entre las estrellas  
si estuviera, la he de hallar.

DATO Mas antes me has de dejar  
ir a matar una dellas.

FRANCO ¿A quién?

DATO Una que me enfada,

una bermeja insolente,  
que siendo calva de frente,  
no me quiso dar entrada.

FRANCO Ven ya.

DATO ¿Dónde, señor mío?

FRANCO A esa calle y al infierno.

DATO Vamos, que agora es invierno,  
y por allá no hará frío.

Sala en casa de Lucrecia.

ESCENA VI

LUCRECIA, LESBIA.

LESBIA ¿Lucrecia, señora mía?

LUCRECIA ¿Qué tienes?

LESBIA Mucho contento;  
ventura ha sido escaparnos  
con tal azar del encuentro:  
tu hermano en la calle estaba.

LUCRECIA Pues si no fuera por eso,  
¿me viniera yo sin ver  
en qué paraba? Me muero  
por ver unas cuchilladas,  
y más cuando son de celos.

LESBIA Pero ¿el guante?

LUCRECIA De la mano  
se le quité.

LESBIA Eso fue bueno.

LUCRECIA ¡Qué bizarro el picaron  
se arrojó con todos ellos!  
¡Qué airoso sacó la espada!

LESBIA No anduvo menos Aurelio.

LUCRECIA En él no lo admiro yo,  
pero en un hombre plebeyo,  
que aunque yo no le conozco,  
no tiene traza de menos,  
fue resolución bizarra;  
y si no lo estorba el riesgo  
de que me viese mi hermano  
(que aunque es insufrible y necio,  
muertos, Lesbia, nuestros padres,  
en ese lugar le tengo),  
viera toda la pendencia  
con muchísimo sosiego;  
porque yo no soy de aquellas  
que el ver desnudo el acero  
las mata, y de un ratón huyen,  
como si fueran de queso.

LESBIA Bien haya tu inclinación,

tan dada a cosas de aliento;  
y no a linduras menguadas  
de galanes de espejuelo.

LUCRECIA ¡Ay, Lesbia! no me los mientes;  
esos hombres me dan miedo,  
porque estoy temiendo el verme  
casada con uno de ellos,  
que las aguas y los peines  
me gaste, y si no tenemos  
más de uno, que cada día  
riñamos por el espejo.

LESBIA ¿Eso dices? Del salario,  
por servirte, quito el tercio.-  
Señoras, ¡que haya quien sufra  
un lindo en un galanteo!  
El viene siempre de un modo  
sacudiendo el ferreruelo,  
ajustando la valona  
y igualándose el cabello.  
Llega con «¡Señora mía? -  
Señor don Tris, ¿qué hay de nuevo? -  
Estos lodos insufribles,  
que aunque pise con más tiento,  
no puede un hombre andar limpio.-  
Limpio viene usted y bueno.-  
Como hace tanta humedad,  
se engrasa de suerte el pelo,  
que si no es haciendo trenzas,  
no puedo traerlo hueco.  
Pero asegúrole a uced  
que el pícaro del barbero  
me ha hecho quedar hoy sin misa;  
¡Jesús, qué torpe, y qué necio!  
Seis veces me erró el bigote.-  
(Es que tiene gran pié, y cierto  
que no hizo mucho en errarle.-)  
Lidio con mil majaderos;  
no hay sastre que acierte a hacerme  
la cintura, porque tengo  
media vara muy escasa.-  
Cierto que es poco, y aun menos.-  
Pero los días de fiesta  
es la cosa que más temo.  
¡Que cuantos criados hallo  
tengan los pies de gallegos!  
Si hallara uno con pies de chicos,  
me estrenara por lo menos

los zapatos, y me ahorrara  
el afan del zapatero,  
que me tienen destruidas  
todas las medias de pelo.»  
Y ¡que haya mujer que, necia,  
se pague destos muñecos!  
Mujeres de Barrabás,  
quered hombres que hablen recio;  
que monos en tiple son  
capones, dos puntos menos.  
Más dejando esto, Señora,  
¿en qué pararía el empeño?  
LUCRECIA Lesbia, deseando estoy  
que pase por aquí Aurelio.  
LESBIA Él no comerá sin verte.  
LUCRECIA De todos mis galanteos  
es el más fino, y le estimo.  
LESBIA No será mal casamiento.  
LUCRECIA Es que mi hermano no quiere  
sólo porque yo le quiero.  
LESBIA Mas el picarón, Señora  
que te venía siguiendo,  
¿si acaso te enamorara?  
LUCRECIA Bien puede ser.  
LESBIA ¡Eso es bueno!  
Pues ¿no fuera para darle  
con algo?  
LUCRECIA ¿Por qué?  
LESBIA Por eso:  
pues ¿él se había de atrever  
a tu amor, sin que lo menos  
le diesen cincuenta palos?  
LUCRECIA Calla, que es rigor muy necio;  
ese es un melindre ingrato  
de algunas, que con el velo  
de hipocresías de honor  
disfrazan libres deseos.  
Porque el otro me siguiese,  
¿pierdo yo del ser que tengo?  
Si yo le parezco hermosa,  
¿le he de hacer matar por ello?  
Sabe, Lesbia, que la dama  
que hace mayores extremos,  
quiere, mucho más que a un primo,  
a quien le dice un requiebro.  
Si a los que me quieren bien  
pago con ese despecho

a los que me quieren mal,  
¿qué queda que hacer con ellos?  
Si quien se enamora, rinde  
la voluntad a su dueño,  
las que no se lo agradecen  
no tienen entendimiento.  
Si es humilde, por humilde  
mucho más se lo agradezco;  
porque supo hacerse honrado  
con tan noble pensamiento.  
Si se declara, mejor;  
porque supone más fuego,  
y añade al honor de amante  
el de ser con más afecto.  
Decir que el respecto pierden  
es locura; que a mi pecho  
no le infama lo que él quiere,  
sino aquello que yo quiero.  
Lesbia, esta opinión es mía,  
y aún de las más acá dentro:  
quien me ama no me desea  
jaquecas, sino contentos.  
De ver muchos que me quieran  
le doy mil gracias al cielo,  
porque añade mi hermosura  
más vasallos a su imperio.  
Cuando voy por una calle,  
y algunos mozos encuentro  
que pasan muy mesurados,  
sin decir malo ni bueno,  
les arrancara los ojos;  
que pues callando me vieron,  
por no tenerme por fea,  
me holgara de verlos ciegos.  
Si hallo algunos que me digan  
donaires o atrevimientos,  
aunque se enoje la cara,  
nunca me ha entrado acá dentro.  
Y cuando no hay quien me hable,  
con tan grande desconsuelo  
vuelvo a casa, que no soy  
todo el día de provecho.  
Esto es verdad en nosotras;  
querer negarlo, es lo mismo  
que decir mal de los coches  
los que no pueden tenerlos.  
Más vamos a lo que importa:

¿cuantos papeles tenemos?

LESBIA No han caído más de seis,  
todos son de casamiento.

Plegue a Dios que aciertes; que es  
difícil, escogiendo.

LUCRECIA ¡Bien podré, cuando mi hermano  
dice que ha hecho ya el concierto  
con un milanés muy rico!

LESBIA ¿Don Fabricio?

LUCRECIA Lesbia, el mismo

LESBIA No pintó el Bosco, Señora,  
figura de tales gestos.

¿No le has visto?

LUCRECIA ¡Dios me libre!

LESBIA Oye, y verás su bosquejo:

cuanto a lo primero, es calvo,  
tan raso, que al verle, pienso  
que acaso se siembran calvas,  
pues tan crecida la veo,  
que es de simientes su calva,  
como berengena. Luego  
es tuerto; y aquí le cogen,  
faltando el ojo derecho,  
en un defecto dos faltas,  
pues de un golpe es zurdo y tuerto.

Ítem, es bermejo y cano;  
que aunque le falta el cabello,  
como cofre desollado,  
aun viejo queda bermejo.

Ítem, que no tiene pies,  
porque de juanetes llenos,  
trae por pies dos empanadas  
de pichones por el suelo.

Ítem, es chico, y tan chico,  
recogido, y contrahecho,  
que a ser menores las faltas,  
no se vieran en el cuerpo.

Ítem...

LUCRECIA Calla, Lesbia, calla;  
que aun de escucharlo me muero.

LESBIA Y ¿con este has de casarte?

LUCRECIA ¿Has perdido, Lesbia, el seso?  
Antes me diera la muerte.

UNA VOZ. (Dentro.)

Para, para aquí.

LESBIA ¿Qué es esto?

LUCRECIA Mi hermano es, y viene en coche.

LESBIA ¿Si acaso viniese yerno?

LUCRECIA Como le pusiera en coche,  
yo le perdonara el suegro.

ESCENA VII

FEDERICO -Dichas.

FEDERICO Lucrecia, toda tu dicha,  
y cuanta yo esperar puedo,  
tienes ya dentro en tu casa.

LUCRECIA ¿Qué dices? Que no te entiendo.

FEDERICO Que viene ya a verte...

LUCRECIA ¿Quién?

FEDERICO Pues, ¿ahora estás en eso?

Don Fabricio el milanés,  
que ha de ser nuestro remedio;  
el más rico hombre es de Italia.

LUCRECIA Hermano, ¿es de veras eso?

FEDERICO ¿Cómo veras? Pues ¿lo dudas?

LUCRECIA ¡Cierto que has estado bueno!

Y ¿lo cree el tal don Fabricio?

FEDERICO Pues ¿no, si ha de ser tu dueño?

LUCRECIA ¿Dueño, marido de dueña?

FEDERICO No, sino tuyo.

LUCRECIA Me huelgo.

FEDERICO Pues ¿qué piensas? ¿Que es de burlas?

LUCRECIA Piensa que has perdido el seso.

FEDERICO Vive Dios, que has de casarte  
esta noche.

LUCRECIA Vive el cielo,  
que antes me ahogara yo misma.

FEDERICO Pues sabe que yo he de hacerlo,

si esta noche no te casas;  
que está mi honor muy a riesgo  
con una hermana tan libre,  
que no la quitan mis ruegos  
de noche de los balcones,  
de día de los paseos;  
y acaso me lo murmura  
toda Sena, y has de hacerlo,  
o a mi enojo...,

LUCRECIA Menos voces,

señor Federico, quedo;  
que para amenazas es  
muy poco el temor que tengo.

¡Quisiera usted (¿quién lo duda:  
con el milanés empleo,  
gastar, lucir, y triunfar  
a costa de mi tormento!



¡Yo en penas, usted en glorias!  
Pues no, Señor; que es muy cierto  
que con penitencia ajena  
no puede ganarse el cielo.  
Hacerle usted su cuñado  
por ansia de su dinero,  
más es quererle por deuda  
que procurarle por deudo.  
Por remediar una hermana  
rema un hermano discreto;  
mas por remediarse, nadie  
pone a su hermana en un remo.  
¿Yo penando en un marido  
porque usted tenga trofeos?  
Pues eso, más que casarme,  
pienso que es ponerme a censo.  
¿Yo casada con tal monstruo?  
Tuviera entonces por cierto  
que era el casarse morir,  
viendo visiones en ello.  
Allá en España, en Galicia,  
dicen que se pone a un tiempo  
una mujer con un bruto,  
para arar; y siendo cierto,  
si a este me uniesen, pudieran  
sospechar con el ejemplo,  
que era para arar el yugo  
más que para casamiento.  
En fin, señor Federico,  
arrastrar con ese imperio  
mi voluntad es querer  
tener en mí más que el cielo;  
y si quieres, siendo hermano,  
por ser mujer yo, en mi pecho  
tener más lugar que padre,  
no te daré ni el que debo.  
Si he de casarme, en el dote,  
poco o mucho, que yo tengo,  
hay hartos para no hacer  
el matrimonio de viejo.  
¿Yo a un hombre lleno de males,  
donde con oficio entro  
de enfermera? Pues ¿es este  
matrimonio o monasterio?  
Si te brinda su riqueza,  
a mí no, que tanto tiempo  
no gozo el oro en las arcas

como el marido en el lecho.  
Y en fin, no he de sufrir que hagas,  
siendo para mí de hierro,  
de encomienda para ti  
la cruz de mi casamiento.  
Sobre esto jura, amenaza,  
hiere o mata; que a mi pecho  
no le turban tiranías,  
si para todo hay remedio.

FEDERICO ¿Yo para tal libertad  
he tenido sufrimiento?

¡Viven los cielos, que ahora...!

(Echa mano a la daga.)

LESBIA ¿Qué intentas, Señor? ¿Qué es esto?

FEDERICO Aparta, villana.

LESBIA Espera,  
señor; que es bárbaro intento.

LUCRECIA No, Lesbia, no le detengas;

que será grande trofeo  
matar a una hermana que hace  
resistencia a un desacierto.

FEDERICO Pues, vive el cielo, tirana,

que ha de ser, y si te dejo,  
es para que te resuelvas  
esta noche a obedecerlo,  
o a ver, pues mi honor ultrajas  
con tus escándalos ciegos,  
tu libre pecho mil veces  
penetrado de este acero. (Vase.)

ESCENA VIII

LUCRECIA, LESBIA.

LESBIA ¡Virgen, cuál va! De dos brincos  
hizo escalera de viento.

LUCRECIA Lesbia, injustas tiranías

causan villanos despechos;  
yo he de defender mi vida,  
y no he de vivir muriendo;  
a Aurelio le has de llevar  
un papel.

LESBIA ¿Para qué es eso,  
si desde que vino el novio  
ha estado en la puerta Aurelio?

LUCRECIA ¿Podrá entrar?

LESBIA Pues ¿quién lo estorba?

Yo me encargaré del riesgo.

LUCRECIA Pues llámale.

LESBIA Voy volando. (Vase.)

ESCENA IX

LUCRECIA; luego, LESBIA y AURELIO.

LUCRECIA Perdona todo el respecto;  
que no hay atención decente  
con vivir en un infierno.  
Nace obligada al decoro  
la inclinación; yo la tengo  
de vivir con libertad  
en el término que debo.

LESBIA (Sale con Aurelio.)

Entrad.

AURELIO                   ¿Hermosa Lucrecia?

LUCRECIA La violencia del empeño  
no da lugar a contarte  
la causa de lo que intento;  
a veces logra el peligro  
lo que no puede el concierto:  
yo soy tu esposa.

AURELIO                   ¿Qué dices?

LUCRECIA Que para serlo te espero  
esta noche, y has de estar  
allí donde hablarte suelo,  
para que a parte me lleves,  
donde asegures el riesgo.

AURELIO Pues si ha de ser, de este modo  
lograrlo mejor pretendo:  
con una música yo  
pasar por la calle quiero;  
que si alguna gente hubiere  
en ella, la irá siguiendo,  
y te dejarán lugar  
de salir con más secreto;  
y a más servirá de seña  
para que sepas que espero.

LUCRECIA Bien has dicho; véle, pues,  
a prevenirte al empeño;  
que yo saldré a ser tu esposa.

AURELIO (Ap. Eso es lo que yo no acepto,  
que con su opinión, Lucrecia  
no es para mujer; mas esto  
callare, que si es engaño,  
no habré sido yo el primero.)  
Pues adiós; yo seré fijo.

LUCRECIA Mi vida importa a lo menos.

AURELIO Libraréis del peligro.

LUCRECIA Será a mi tormenta el puerto.

AURELIO Nada temas.

LUCRECIA Siendo tuya.  
AURELIO Cierto será.  
LUCRECIA Véte, Aurelio.-  
(Vase Aurelio.)  
Ven conmigo, Lesbia.  
LESBIA ¿Dónde?  
LUCRECIA A prevenir...  
LESBIA ¿Qué dinero?  
LUCRECIA El de las joyas.  
LESBIA Confirmo.  
LUCRECIA Pues vamos.  
LESBIA A eso me atengo,  
que al brindis del matrimonio  
no hemos de beber en cerro.  
(Vanse.)  
Calle. A un lado la casa de Lucrecia. -Noche.

#### ESCENA X

FRANCO, DATO; luego, MÚSICOS, dentro.  
FRANCO El juicio he de perder.  
DATO Señor, ¿quieres espulgalla?  
FRANCO Yo no me he de ir sin hablalla;  
mira tu cómo ha de ser.  
DATO ¿Cómo ha de ser, si de extraña,  
hallarla no hemos podido,  
y ya ves que ha anochecido?  
FRANCO Pues esa ha ser la maña.  
DATO Pues volvamos a notar  
casa por casa; esta es: Franco,  
de una vieja, que es estanco  
de las mozas del lugar.  
Es en el peso tan fiel,  
aunque es su cara maldita,  
que pienso que no se quita  
de los pies de San Miguel.  
Y porque no entre quien haga,  
parricidio con la vieja,  
tiene una urraca en la reja,  
que está diciendo: «¿Quién paga?»  
FRANCO Bien te informaste.  
DATO Estoy ducho.  
Aquí vive un abogado,  
que es hombre muy arrojado,  
teniendo que perder mucho.  
FRANCO ¿Qué es lo que puede tener  
que perder, que así te admira?  
DATO Tiene dos mil pleitos, mira

si tiene harto que perder.  
Allí vive el caballero  
del Milagro, un hombre tal,  
que significa caudal;  
gasta, triunfa, trae dinero,  
tiene grande ostentación  
y su dama muy lucida,  
y no peca, ni en su vida  
ha tenido tentación.

FRANCO ¿Sin pecar puede eso ser?

Pues ¿cómo te satisface?

DATO Porque todo esto lo hace  
sin tener en qué caer.

Más allá...

FRANCO ¿Quieres callar  
que no te puedo sufrir?

DATO Pues ¿cómo has de divertir  
el tormento de esperar?

FRANCO ¿Eso dudas? Renegando  
de ti y de mí, y de mi amor  
y de ella.

DATO Mira, Señor:

un hombre se iba azotando,  
por la calle iba corriendo,  
y en cuanta taberna hallaba  
hacia estación, y se estaba  
un cuarto de hora bebiendo.

Díjole uno: «Mirad que hoy  
beber tanto es desvarío.»

Y él respondió: «Señor mío,  
mientras bebo no me doy.»

Pues amor te azota al trote,  
murmurando caminemos;  
que mientras chistes bebemos,  
no sentimos el azote.

FRANCO ¿Si es instrumento el que siento?

DATO Él es, aguarda que cante;  
ejecución tendrá amante,  
que pide con instrumento.

FRANCO Música es.

DATO No, sino no;

¿Si a esta dama se la diera?

FRANCO Mejor; que entonces saliera,  
y pudiera hablarla yo.

DATO Y ¿si el galán viene aquí?

FRANCO Mientras yo hablo él callará,  
y la dama pensará

que están cantando por mí.

DATO Y ¿si el que festeja intenta  
que callen, y ya avisarlos?

FRANCO Pues ¿habrá más que mandarlos  
que la canten por mi cuenta?

DATO Pues a mí no hay quien me asombre,  
porque hasta la razón;  
ya ellos se acercan, diez son.

FRANCO Me cabrá a dedo por hombre.

MÚSICA (Dentro.)

Niña, la feria te acuerde  
que ya está el franco con llave,  
porque cualquier hombre sabe  
que el franco agora se pierde.

DATO ¿Franco? ¿Del Franco hacen asco?  
¡Plegue a Dios que en paz lo vean!

FRANCO Vive Dios, que si franquean,  
les he de romper los casos.

DATO Dios me saque desta lid;  
que son muchos caballeros.

ESCENA XI

AURELIO, MÚSICOS; luego, LESBIA, a una ventana. -Dichos.

(Los músicos atraviesan el teatro cantando, y vanse.)

AURELIO Cantad, y sin deteneros  
toda la calle seguid.

(Se retira a un lado de la escena.)

MÚSICA Niña, la feria te acuerde, etc.

(Abren una ventana, y sale a ella Lesbia.)

LESBIA La música es la que pasa,  
y ha venido a linda hora;  
avisaré a mi señora,  
pues no está su hermano en casa.

(Quítase de la ventana.)

DATO No estamos aquí muy malos  
que han abierto aquel balcón.

FRANCO Pues yo por esa atención  
no los he molido a palos.

DATO Pues si lo has llegado a oír,  
siendo la feria su blanco,  
a ti no te toca el franco.

FRANCO Pues ¿qué habían de decir?

DATO Luego, si no hay culpa en nada,  
¿para qué te has de enojar?

FRANCO ¿Qué más culpa que enfadar?

Más que moro es el que enfada.

DATO Pues Señor, si te enojaron,  
embístelos cara a cara.

FRANCO Pues por eso los matara,  
que no porque me nombraron;  
que cuando yo al mal me igualo,  
¿qué han de decir de mí ajeno?

MÚSICA (Dentro.)

Que ha de ser el franco bueno,  
aunque es agora tan malo.

FRANCO ¿Bueno yo?

DATO ¿Hay tales porfías?

La feria diz que será  
buena, porque este año habrá  
en la plaza alcamonías.

FRANCO Pues eso ¿en qué se encadena  
con lo que ellos van cantando?

DATO La plaza está rebosando  
de ellas; que una feria buena  
no consta de otras bambollas  
más que palos arrimados,  
muchos coches estancados,  
y pimientos y cebollas.

FRANCO Dejemos esas locuras,  
y a lo que importa atendamos.

Aqueste balcón abrieron  
cuando pasaron cantando;  
aquí han de vivir mujeres,  
yo me he de poner al paso,  
y cualquiera que allá entrare  
he de seguir, por si hallo  
algún rastro o las conozco.

DATO ¿Eso intentas?

FRANCO Pues ¿es malo?

DATO No, pero temo si encuentras,  
aquese rastro buscando,  
con alguno mal sufrido  
que puede darte con algo,  
no entendiendo que tú entras  
a hallar, sino a hacer el rastro

FRANCO Esto ha de ser, ponte aquí.

DATO Esto es un ponte con amo.

AURELIO. (Sale.)

Esperando a que se vaya  
este hombre, en la esquina he estado,  
él no se va, y es forzoso  
que yo se lo diga. -¿Ah, hidalgo?

DATO A ti es.

FRANCO Como no lo soy,  
por no desmentirlo, callo.

AURELIO Oye; ¿ah caballero?  
FRANCO Miente.  
AURELIO Remitido está el agravio;  
que yo confieso que miento.  
Pues debéis de ser villano.  
FRANCO También miente.  
AURELIO Pues ¿qué sois?  
FRANCO Ni tan alto ni tan bajo.  
DATO ¿No hay medio entre magro y gordo?  
Será ijada.  
AURELIO Al caso vamos:  
yo he menester esta calle.  
FRANCO Pues cargad con sus guijarros.  
AURELIO ¡Buen humor, por vida mía!  
DATO Se purga todos los años.  
AURELIO Lo que yo he menester es,  
que os vais della, que es más claro.  
FRANCO No puedo hacerlo.  
AURELIO ¿Por qué?  
FRANCO Porque yo no me descarto.  
DATO Está a flux, ¿y se ha de ir della  
cuando está brujuleando?  
AURELIO Vos os habéis de ir, o yo  
sacaros de ella.  
FRANCO ¿Arrastrando?  
AURELIO No será sino a estocadas  
con esta espada.  
FRANCO Veamos.  
AURELIO Eso aquí abajo.  
FRANCO ¿Habrá luz?  
AURELIO Bastante para enseñaros  
a ver quien soy.  
FRANCO Me conformo.  
AURELIO Seguidme.  
FRANCO Si andáis de espacio.  
(Vase con Aurelio.)  
ESCENA XII  
DATO; luego, FRANCO.  
DATO ¡Señores, pierdo el juicio!  
Este hombre ¿va convidado?  
¿Van a reñir o a beber?  
Pero ¿qué escucho? Empezaron;  
¡Cómo suenan las espadas!  
¡Virgen y qué chincharrazos!  
AURELIO (Dentro.)  
¡Muerto soy! ¡Jesús!  
DATO Laus Deo.



VOCES (Dentro.)

Seguidle, cortadle el paso;  
que le ha muerto.

DATO La justicia.

VOCES (Dentro.)

Favor, favor al Senado.

FRANCO (Sale.)

Liólas con mil demonios.

DATO Señor, ¿qué hay?

FRANCO En paz quedamos.

DATO Huyamos de la justicia,

que ya viene por el barrio.

FRANCO Eso es decir que nos sigan;

antes, la espada envainando,

en este umbral nos paremos,

como que estamos acaso.

(Páranse a la puerta de la casa de Lucrecia.)

ESCENA XIII

LUCRECIA y LESBIA, a la ventana. -Dichos.

LUCRECIA Lesbia, si oíste la seria,

mira si ya está esperando.

LESBIA Fijo está como un reloj.

LUCRECIA Pues si está ahí, ¿qué esperamos?

Desde aquí le doy las joyas,

porque no hagan embarazo;

la hora es la más segura;

Lesbia, no hay que dilatarlo.-

¿Ce?

DATO ¿Quién es?

LUCRECIA (Echa un envoltorio.)

Allá va eso.

DATO Venga.

LUCRECIA Esperad; que ya bajo.

(Se retiran de la ventana.)

ESCENA XIV

FRANCO, DATO.

FRANCO ¿Qué es eso?

DATO ¡Cuerpo de Cristo,

el bien de Dios, San Hilario!

FRANCO ¿Qué hablas?

DATO Un millón de joyas

es, por el paso en que estamos.

FRANCO ¿Joyas?

DATO Joyas, por las joyas

de la Magdalena; vamos,

señor, que es nuestro remedio

en riesgo tan declarado.

FRANCO ¿Quién las echó?

DATO Una mujer.

FRANCO Pues esperémosla.

DATO ¡Un diablo!

Que hay cadena aquí más gorda  
que rosario de ermitaño.

FRANCO Espera.

DATO No, vive Cristo.

FRANCO Espera, o te haré pedazos.

DATO Señores, ¿qué dice este hombre?

Por San Juan que está borracho.

ESCENA XV

LUCRECIA y LESBIA, en la calle. -Dichos.

LUCRECIA Lesbia, bien se ha conseguido.

FRANCO (Ap. a Dato.)

Cúbrete el rostro.

LESBIA Escapamos.

LUCRECIA Aurelio, no hay que esperar,

que puede venir mi hermano;

guía donde aseguremos

el peligro, presto.

FRANCO (Ap. a Dato.)

¿Dato?

DATO ¿Qué dices?

FRANCO Que esta es la dama  
que buscábamos.

DATO ¡San Pablo!

LUCRECIA ¿Qué esperas? no te detengas

FRANCO Ven tras mí.

LUCRECIA Sigo tus pasos.-

Ven, Lesbia.

LESBIA Iré como un corzo.

DATO (Ap.)

¿Lesbia dijo? ¡Cielo santo!

Lesbia es la que a mí me cabe;

invoco al monte Parnaso,

porque Lesbia en culto, es nombre

de sonetos entre canos.

Jornada segunda.

Arrabal de Sena. -Principia a anochecer.

ESCENA I

FRANCO y DATO, de soldados; UN SARGENTO, con alabarda.

SARGENTO Todo queda acomodado;

el mejor alojamiento  
el Gobernador, atento,  
a aquellas damas ha dado,  
sólo por vuestro respeto.  
Todo estará muy cumplido;  
que como esta plaza ha sido  
la que tomamos a Orbieta,  
república con quien tiene  
guerra nuestra patria Sena,  
el Senado a mano llena  
dentro della nos mantiene.  
Y aunque iban ambas a dos  
algo tristes y asustadas,  
quedan ya más consoladas  
de verse estimar por vos,  
y el Gobernador contento  
de tener, por al se obra,  
consigo al buen Franco.

FRANCO

Sobra

que lo diga el buen Sargento.

SARGENTO Aunque vienen disfrazadas  
de aquellos trajes usados  
entre damas de soldados,  
bien se ve que son honradas.

FRANCO Si son, y advertirle quiero  
que las tengo obligación,  
tanto por lo que ellas son,  
como por lo que las quiero.

SARGENTO Empeñado estáis de honrado.

DATO Pues si anoche por sus bodas  
las trajo las joyas todas,  
¿no quieres que esté empeñado?

FRANCO Calla tú. -Señor Sargento,  
ya uced nos ha convoyado,  
y ya el Sena hemos entrado,  
donde quedar solo intento  
por si algún tropel me aguarda.

SARGENTO Pues ¿yo no os iré a ayudar?

FRANCO Nos hemos de embarazar  
mucho con esa alabarda.

SARGENTO ¿Eso dice? en la ocasión,  
la alabarda coró desnudo  
jugada, a un santo da miedo.

FRANCO Eso es allá en el Japón.

SARGENTO Pues ¿quién al acometellos  
resistirá, temerario,  
dos botes?

DATO Un boticario,  
que se regala con ellos.

FRANCO Solo he de ir.

SARGENTO Pues al castillo.

FRANCO Seor Sargento, Dios le guarde.

SARGENTO Pues mirad que si vais tarde,  
en echándose el rastrillo,  
Juan soldado paga el pato,  
y se queda a tragar viento. (Vase.)

ESCENA II

FRANCO, DATO.

FRANCO Pues ábranos Juan Sargento  
si tardáremos un rato.-

Aunque dejo en la beldad  
de Lucrecia el corazón,  
me trae más grave ocasión  
del castillo a la ciudad.

DATO Y ¿en ella (así Dios te guarde)  
has de entrar?

FRANCO Como lo hablo.

DATO ¿Estás loco, hombre del diablo?

FRANCO Pues ¿qué te ofusca, cobarde?

DATO ¿Lucrecia no te contó  
lo de su hermano?

FRANCO Es así;  
mas ni él me conoce a mí,  
ni a él te conozco yo.

DATO Pues una hermana robada,  
un hermano sin honor,  
y del ladrón de tu amor  
tiranamente forzada;  
que aunque ya echada la suerte,  
suspende el llanto y te halaga,  
¿quién hay que te satisfaga  
de que no intente tu muerte?  
Y cuando este riesgo aquí  
no lo sea o no te asombre,  
¿no diste la muerte a un hombre,  
y te conocieron?

FRANCO Sí.

DATO Pues hombre que una mazorca  
de culpas hilando está,  
¿dónde tan seguro va,  
sino a volar en la horca?  
¿No imaginas que estará  
llena de esbirros tu casa,  
para saber lo que pasa?

FRANCO Pues por eso voy allá.

Mi padre enfermo y tullido  
está allí y desamparado,  
de la justicia ultrajado,  
y de nadie socorrido.

Aunque intente resistillo  
toda Sena, allá he de entrar,  
y della le he de sacar,  
y llevármele al Castillo:  
esta es mi resolución.

DATO Por tu padre (¡ah hijo valiente!)

Mata doce, mata veinte;  
que aunque te ponga en prisión,  
atendiendo el juez severo  
que fue por tu padre todo,  
te ahorcará del mismo modo  
que si fuera por Lutero.

FRANCO Ya esta acción está resuelta;

hacia casa te encamina,  
tomando vuelta a esta esquina.

DATO Allá nos darán la vuelta.

(Entran por un lado y salen por otro.)

Calle. -Casa con una cruz en la pared, y su lamparilla delante. Es de noche.

FRANCO Mas ¿qué es esto?

DATO ¿No se ve?

Una cruz es, que está allí.

FRANCO Sin duda la han puesto aquí  
por el hombre que maté.

DATO Es la verdad, y da miedo.

FRANCO Si yo he de esperar aquí,  
la luz estorba.

(Suenan dentro ruidos de cadenas.)

UNA VOZ (Dentro.)

¡Ay!

FRANCO ¿Qué oí?

DATO ¡Válgame lo más del credo!

No suena a uno ni a dos,  
sino, por más testimonios,  
a trescientos mil demonios.

LA VOZ Franco, encomiéndame a Dios.

FRANCO ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?

¡De horrores estoy cubierto!

¿Qué es esto, Dato?

DATO Ese muerto,  
que se te encomienda mucho.

FRANCO Hoy es sábado, y rezar  
la salve se me ha olvidado.

DATO Treinta veces la he empezado,  
y no la puedo acabar.

FRANCO Y aún imaginarlo es mengua;  
el muerto hablar es locura.

DATO Si es el muerto de grosura,  
los sábados tendrá lengua.

FRANCO ¿Qué asusta a un pecho valiente?  
Llega a casa, que aquí espero,  
y matar esta luz quiero  
mientras avisas.

(Va a apagarla, y sale un brazo que le detiene, sujetándole las manos.)

LA VOZ Detente.

FRANCO ¿Qué miro?

DATO ¡San Baltasar!

FRANCO Dato, llega.

DATO ¡Ay Dios, qué miedo!

Yo soy clérigo, y no puedo;  
que ese es el brazo seglar.

FRANCO Cobardía es, vive el cielo,  
tenerme la mano asida.

LA VOZ Pues me quitaste la vida,  
no me quites el consuelo.

FRANCO Pues ¿qué consuelo hay aquí?

DATO ¡Madre de Dios!

LA VOZ Esta luz;

que el culto de aquesta cruz  
es alivio para mí.

FRANCO ¿Qué quieres?

DATO Pregunta vana;  
calla por Dios.

FRANCO ¿Qué ocasión!...

DATO No le armes conversación,  
que estará de aquí a mañana.

LA VOZ Ve, que antes de tu partida  
con Dios privarás de suerte,  
que aunque me diste la muerte,  
tu ruego me ha de dar vida.

(Suéltanle y desaparece el brazo.)

FRANCO ¿Dato?

DATO Por no oírte callo.

FRANCO Ven.

DATO ¿Fuese ya?

FRANCO Ya se fue.

DATO ¿Está ya lejos?

FRANCO No sé.

DATO ¿Venía a pie o a caballo?

FRANCO Ni sé de mí ni hablar puedo;

hecho, de hablarle, quedé  
un mismo infierno.

DATO ¿Por qué?

FRANCO Porque le he tenido miedo,  
y mucho me enfadaría  
que de visitarme trate.

DATO Si le dieras chocolate  
se viniera cada día.

FRANCO Ven a casa.

DATO Y ¿de esa suerte,  
habiéndote un muerto hablado,  
quieres ir tan descuidado?

FRANCO ¿Qué importa hablar con la muerte?

DATO Señor, tu vicio malvado.

FRANCO ¿Estás borracho?

DATO Insolencia  
es no ir a hacer penitencia.

FRANCO Sí haré, en siendo convidado.

(Entran por una parte y salen por otra.)

Calle. -Fachada de la casa de Mansto.

DATO Ya estamos junto a la puerta.

VOCES (Dentro.)

Echadle.

DATO Oye lo que pasa.

VOCES (Dentro.)

Vaya.

FRANCO ¿Voces en mi casa?

DATO Por más señas que está abierta.

FRANCO Entremos; que hay mucho ruido.

(Entran por la puerta del zaguán, y salen por otra interior.)

Habitación de la casa de Mansto.

ESCENA III

FRANCO, DATO; luego, MANSTO, EL ESCRIBANO y ALGUACILES.

DATO ¡Con gran miedo voy tras ti!

FRANCO Retirémonos aquí,  
para saber lo que ha sido.

ALGUACIL 1º (Dentro.)

Salga.

FRANCO Retírate acá.

MANSTO. (Dentro.)

Señores, nada os resisto.

DATO Hasta el pulso, vive Cristo,  
se me ha retirado ya.

(Ocúltanse Franco y Dato. Salen Mansto, el Escribano y los alguaciles; estos empujando al primero.)

ALGUACIL 1º Vaya el viejo, que a los dos  
encubre el hurto y la muerte

MANSTO No me arrojéis desta suerte. (Cae.)  
Sea por amor de Dios.

ALGUACIL Sí, que no hubiera traición  
si encubridores no hubiera.

MANSTO No lo soy yo, a fe; y quisiera  
serlo en aquesta ocasión,  
de la tirana indecencia,  
de la vergüenza en que os dejo,  
de ultrajar a un pobre viejo,  
que no tiene resistencia.

FRANCO (Ap. a Dato, donde están escondidos.)  
Voto a Dios, que a cuantos son  
los he de hacer (y aun no hay hartos)  
tajadas.

DATO A siete cuartos  
valen en el bodegón.

ALGUACIL 1º Miren pared por pared  
la casa, y salga el vecino,  
que declare el asesino,  
y vaya escribiendo usted.

(Vanse algunos alguaciles, y vuelve uno con el vecino.)

ESCENA IV

EL VECINO.-Dichos.

ALGUACIL 2 Aquí está.

ALGUACIL 1º Llegad, hermano.-  
(Al Escribano.)

Escriba en ese bufete.

(Siéntase el Escribano.)

ESCRIBANO (Disponiéndose para escribir.)

¿A cuántos somos?

ALGUACIL 1º A siete.

DATO Virgen está el Escribano.

ALGUACIL 1º Su declaración prosiga.-

¿Quedan guardando la puerta?

ALGUACIL 2º Seis en ella están alerta.

ALGUACIL 1º Pues vaya escribiendo.

ESCRIBANO Diga.

MANSTO Que deseáis acumulalle  
ese delito se infiere.

ALGUACIL Oye, calle, si no quiere  
que le echemos en la calle  
o en la cárcel.

MANSTO Si yo soy  
digno della ya lo veis;  
que harto preso me tenéis  
de la manera que estoy.  
Ni yo os puedo resistir,



ni moverme a ningún lado,  
como me habéis arrojado  
me estaré aquí hasta morir:  
y no sin culpa, que yo  
la confieso en no morir,  
harto delito es vivir  
quien a estas canas llegó.  
No penséis que es vanidad  
de mi inocencia fingida,  
pues por ser culpa la vida,  
me pone grillos la edad.  
Tened la codicia queda,  
si delito aquí haber puede ;  
castigadlo si sucede,  
mas no queráis que suceda;  
que el juez desapasionado,  
del bien común codicioso,  
castiga el delito odioso  
con dolor de haberle hallado.  
Mas si delitos ajenos  
os deleitan, es mostrar  
que os había de pesar  
de que todos fuesen buenos.  
FRANCO Dato, buen ánimo ten;  
que no ha de escapar ninguno.  
DATO Pues por si se acerca alguno  
saco mi daga, ahora bien.  
ALGUACIL 2º (Al vecino.)  
Vaya declarando agora.  
VECINO ¿Ya eso no está declarado?  
Franco es un hombre malvado:  
anoche vino a deshora,  
y la sangre del acero  
entrando en casa limpió,  
y esto todo lo vi yo,  
y anda con mucho dinero.  
Y aunque yo quién era ignore,  
vi que uno le dijo: «Dale.»  
ESCRIBANO Más poco a poco; que vale  
cada palabra un tesoro.  
VECINO Él, Señor, es un tirano  
y en mil maldades le vi.  
DATO ¡Que aquesto escuchemos, y  
yo con mi daga en la mano!  
VECINO Su padre del asesino  
sabe mejor, si lo sois.  
MANSTO Amigo, ¿yo? ¿Qué decís,

si anoche a casa no vino?

DATO Demos por esas paredes.

FRANCO (Presentándose.)

Loado Dios.

ALGUACIL 1° ¿Quién está aquí?

FRANCO Buenas noches.

VECINO ¡Ay de mí!

FRANCO Sosiéguese vuesarcedes.

ALGUACIL 1° (Al Escribano.)

Él es; guardad el proceso.

FRANCO ¿Qué hay por acá desta suerte?

ALGUACIL 1° Averiguar esta muerte.

FRANCO Yo vengo a ayudar a eso.

Déjelo usted, sin cuidado,  
que todo se ha de hacer bien.-

¿Viene ucéd a esto también?

VECINO Yo, Señor, vengo llamado

a decir qué sé de vos,

y como tan buen amigo,

veréis todo cuanto digo;

que no ha sido más, por Dios,

de lo que debo en virtud

de ser vos tan bien hablado,

tan buen vecino y honrado.

DATO Así tengas la salud.

FRANCO Vos me haréis las amistades

que siempre de vos confío.

MANSTO No creas tal, hijo mío;

que ha dicho dos mil maldades.

VECINO (Ap.)

¡Grave empeño en mis temores!

FRANCO Padre, el honor les volved;

yo sé que me hacen m erced

todos aquestos señores,

que con piedad generosa

honrado habrán mi posada.

DATO Entre tanta gente honrada

¿pudiera haber otra cosa?

ALGUACIL 1° ¿Cómo con tal desacato

aquí os venís a poner?

FRANCO Pues venirme yo a prender,

si soy culpado, ¿es mal trato?

ALGUACIL 1° Pues luego os dad a prisión.

FRANCO ¡Válgame Dios! Tiempo habrá.

ALGUACIL 1° Luego.

FRANCO Todo se andará;

que es muchísima razón.

ALGUACIL 1º Pues ¿no venís...

DATO (A Franco.)

¿Qué hacer quieres?

ALGUACIL 1º ¿A prenderos?

FRANCO Lo confieso.

DATO Y traemos para eso  
dos papeles de alfileres.

FRANCO (Tomando el proceso.)

Mas esto lo echa a perder.

ALGUACIL 1º ¿El proceso tomáis vos?

FRANCO Quedo, por amor de Dios;  
que no me lo he de comer.

Mas esta causa va errada,  
porque este señor vecino,  
y otros como él, imagino  
que habrán, como gente honrada,  
dicho de mí lo que dice  
que da por declaración,  
y yo no quiero opinión  
que de mi opinión desdice.

Porque yo (¿entiendeme ucé?)  
soy un hombre que en mi vida  
sufrí acción descomedida,  
que nada disimulé,  
que junto a mí no hay quien pare,  
que esta es mi ley y mi fe,  
y sobre esto mataré  
todo cuanto ucé mandare.

Que a los que no quiero bien  
y me cansan a menudo,  
si hacen por qué, los sacudo,  
y si no lo hacen, también.

Con los que son ricos como,  
mi dinero es mi delito;  
si me lo dan, lo permito,  
y cuando no, se lo tomo.

Y pisando este camino,  
si hay quien no lo quiere así,  
van puñaladas de mí  
como sangre de un tocino.

Yo maté, por porfiar,  
anoche un hombre importuno,  
y por parecer poco uno,  
lo vengo agora a enmendar.

Siendo así que aquí va expreso  
lo que este hidalgo decía,  
que es una alabanza mía,

está falso este proceso.  
Y siendo tan ajustado  
ucé como yo no ignoro,  
por su honor y su decoro,  
este quedará rasgado; (Rásgale.)  
y escriba otro desde aquí,  
donde por mi confesión  
ponga esta declaración.

DATO Y ponga ucéd: «Ante mí.»

ALGUACIL 1º Hombre, que te has rematado,  
¿todo el proceso has rompido?

Pues ¿cómo te has atrevido  
contra la ley del Senado?

MANSTO Hijo Franco, ¿a qué has venido?

¿qué intentas, que desta suerte  
vienes a darme la muerte?

ALGUACIL 1º Mejor fuera haberos ido.

FRANCO Pues ¿es mucho?

ALGUACIL 1º ¿Hay tal torpeza?

Pues ¿no, cuando escrito está?

FRANCO (Saca la espada.)

Pues tenga; que más será  
el romperles la cabeza.

(Éntrase Franco, acuchillando al Escribano, los alguaciles y el vecino.)

ALGUACIL 1º (Dentro.)

Favor al Senado, amigos.

FRANCO (Dentro.)

Dato, dales tu favor.

DATO Y ayuda fuera mejor.

ALGUACIL 1º (Dentro.)

¡Resistencia! Sean testigos  
que me han muerto.

DATO Va un corchete.

ALGUACIL 2º (Dentro.)

¡Jesús!

DATO Dos.

ESCRIBANO (Dentro.)

¡Muerto soy!

DATO Tres.

UNO (Dentro.)

¡Que me mata! ¡San Andrés!

DATO Cuatro, cinco.

OTRO (Dentro.)

¡Ay!

VARIOS ¡Ay!

DATO Seis, siete.

MANSTO Dato (¡el dolor no resisto!)

ayúdame a levantar.

DATO Ya pocos pueden quedar;  
ahora entro yo, vive Cristo. (Vase)

ESCENA V

MANSTO; luego, FRANCO y DATO.

MANSTO Cielos, Franco, ya empeñado,  
no se podrá defender,  
y no me puedo mover,  
que estoy de mi suerte atado.  
¡Ah vejez! que siempre lloras  
por la vida, en que porfías;  
¿qué sirve vivir dos días  
quien muere todas las horas?

(Procura en vano levantarse, apoyándose con el báculo, y se arrastra por el suelo.)

FRANCO (Dentro.)

De esta canalla insolente  
no quede vivo ninguno.

DATO (Dentro.)

Eso no; dejemos uno,  
para que después lo cuente.

MANSTO Las alas el mal cruel

me corta, porque no vuela,  
no es el mal el que me duele,  
sino el que resulta dél.

Otro pié el báculo es,  
y a los dos no da favor;  
¡qué pesado es mi dolor,  
pues que no puedo con tres!

Aun arrastrando iré osado  
a darle favor; ¡ah cielos!

¿No bastaban mis desvelos  
para traerme arrastrado?

¡Ah fábrica, a quien trabuca  
el barro que la guarnece!

Que el alma no se envejece,  
el cuerpo es el que caduca.

Mas caí; ya he conocido  
que es malo lo que intentaba,  
pues si antes caído estaba,  
ahora estoy más caído.

¿No hay quien llegue a socorrer  
mi mal?

DATO (Dentro)

Franco, ¿dónde vamos?

FRANCO (Dentro.)

Dato, a mi padre acudamos.

(Salen los dos.)

MANSTO Hijo, bien lo he menester;  
entra presto, y del sagrado  
de la noche hagamos puerto.

DATO Por San Pedro, que hemos muerto  
mucho más que un obligado.

MANSTO ¿Hijo mío?

FRANCO ¡Extraño susto!  
Padre, ¿quién llegó a injuriarte?

MANSTO El deseo de ampararte,  
que debe de ser injusto.

FRANCO Dato, vence tus asombros,  
y si entre los dos podemos,  
de aquí a mi padre saquemos,  
hasta ponerle en mis hombros.

DATO Por dónde hemos de ir, te digo.

FRANCO Por la puerta falsa iré.

DATO Siendo así, saquemoslé  
por encima del postigo.

FRANCO Venid, padre.

MANSTO ¡Ay Franco! cesa;  
¿Dónde me intentas llevar?

FRANCO La noche me ha de amparar.  
(Levanta a su padre, auxiliándole Dato.)

DATO ¡Cuerpo de Dios, cómo pesa!

MANSTO Dios nos ayude a librar  
del riesgo en que ya te vi.

FRANCO Ayúdeme el diablo a mí,  
pues le he dado de cenar.-  
Dato, al campo con cuidado.

MANSTO ¡De temor pierdo el sentido!

DATO Ahora conozco que ha sido  
este un lance muy pesado.

(Vanse.)

Cobertizo delante de la puerta de una casa; viéndose el interior de la muralla del Castillo, al frente.

ESCENA VI

LUCRECIA y LESBIA, de gorrinas con mantillas.

LUCRECIA No prosigas, Lesbia, calla;  
en desdichas como aquestas,  
¿qué añaden las circunstancias,  
si no pueden ser más ellas?

Ni yo sé cómo discurra,  
ni de quién forme la queja,  
ni sé lo que me sucede,  
ni lo alcanzo, aunque lo sepa.  
Solo sé ¡ay de mí! que huyendo  
de mi hermano la violencia,

pensando seguir mi esposo,  
sin él me hallé y con mis penas,  
sin mí me vi y con mis males,  
sin palabras y con quejas,  
sin favor y con peligro,  
con riesgo y sin resistencia;  
en un campo, donde siendo  
testigos las sombras negras  
(mas de tan torpe delito,  
¿quién, sino sombras, lo fueran?)  
con un hombre tan cruel,  
que manchando la pureza  
del rico adorno del alma,  
me robó la mejor prenda;  
me quitó el honor. ¡No sé  
cómo ha podido la lengua  
pronunciar esta desdicha,  
que aunque son palabras estas,  
son tan pesadas palabras,  
que el viento no se las lleva!  
Mas ya, sucedido el daño,  
cuando procura mi afrenta,  
no remedio a lo imposible,  
sino alivio a la dolencia,-  
hallo, Lesbia, que es un hombre  
para ser mayor mi pena,  
con quien logrado el remedio,  
se hace doblada la ofensa.  
Con el disfraz deste traje  
humilde y propio, encubiertas  
a este castillo nos trajo,  
donde yo sin darle señas  
de que en mí quedó albedrío,  
le seguí; que me vi, Lesbia,  
con el que en la noche oscura  
erró al camino la senda,  
hallándose ya sin tino  
en la intrincada maleza,  
y al arbitrio de su intento  
suelta al caballo la rienda,  
yendo el gobierno de un bruto;  
porque escarmentado piensa,  
de haber errado el camino.  
Que a cualquier parte le yerra.  
Mas ya todos mis discursos  
ni me alivian ni aprovechan;  
que al mal sin medio le dobla

quien el remedio te piensa.  
Y así, Lesbia, imaginemos  
que el poder de las estrellas  
nos hizo humildes mujeres,  
que no tuvimos nobleza,  
que no me dio honor el cielo;  
que no es delito ni ofensa  
pensar que no me dio honor  
quien me le quita por fuerza.  
Hagamos cara al destino,  
sus inopinadas sendas  
sigamos, y aquestos hombres  
nuestro incierto norte sean.  
Pues ya nuestro honor es suyo,  
sea su suerte la nuestra;  
que aunque el mundo lo murmure  
cuando con ellos nos vea,  
¿quién culpará al despojado  
que entre ladrones encuentra,  
viendo que se va tras ellos  
por el amor de las prendas?  
Nada del pesar me digas,  
solo lo que alivio sea  
por gusto o divertimento,  
torpe o lícito, me acuerda.  
Pues el cielo nos da el daño,  
que hemos de llorar por fuerza,  
no despreciemos del gusto  
las circunstancias que tenga.  
Del árbol que enciende el rayo,  
ya que verte arder dé pena,  
aproveche el desabrigo  
lo que el incendio calienta.  
Ésta es mi resolución,  
mi postrer razón es ésta,  
permítalo o no el decoro,  
súfralo o no la modestia,  
condénelo o no el respeto;  
que estoy a tomar resuelta  
por elección el deleite  
que trae el daño por fuerza.  
LESBIA Pues adiós, lágrimas mías,  
y brindo a las castañetas.  
¿Para persuadirme a mí  
a esta vida haces arengas,  
estando rabiando yo  
por ser una Ana Bolena?



No llorarte más prometo,  
si treinta veces me fuerzan,  
y esta fuerza ya pasada,  
que por pasar estuviera,  
tomara para que vieses...

LUCRECIA ¿Qué harías?

LESBIA Probar la fuerza.

LUCRECIA Pues ¿te forzaron a ti?

LESBIA Pues ¿no perdió también Lesbia,  
no tanto honor como tú,  
mas te juro en mi conciencia  
que no eran dos puntos menos?

LUCRECIA ¿Vuelves a llorar?

LESBIA De pena  
de no haber perdido más.

LUCRECIA Lo más que a mí me consuela,  
es que mi hermano no puede  
saber de mí.

LESBIA Y aunque sepa,  
¿que ha de hacer, teniendo tú  
tantas armas en defensa?

LUCRECIA Pues sigamos el destino.

LESBIA Eso sí, Lucrecia bella.

LUCRECIA Ya no soy Lucrecia yo.

LESBIA Antes la misma Lucrecia  
eres, pero no tan boba.

Mira qué vida te espera,  
si a Franco le dan un puesto;  
que el gobernador le precia  
mas que a todo su presidio,  
y le ha dado el juego en renta,  
y yo saco las barajas,  
y estoy en ello tan diestra,  
que aunque quince más me paguen,  
siempre seis debiendo quedan.

LUCRECIA Parece que siento ruido.

LESBIA Franco es, que llega a la puerta.

ESCENA VII

DATO, FRANCO; este trae sobre su hombro a MANSTO. -Dichas.

FRANCO Ayuda, Dato; que ya  
me van faltando las fuerzas.

DATO Buen hijo, Dios te haga padre,  
porque te traigan a cuestras.

MANSTO El cielo, en premio, hijo mío,  
te dé luz de penitencia.

FRANCO ¡Pese a mi alma! ¿Esa paga  
me das por esta fineza?

LUCRECIA ¿Qué es esto, Franco?

FRANCO Este anciano

es, bellísima Lucrecia,  
mi padre, a quien saqué ahora  
de mil peligros y afrentas.  
Él está enfermo y tullido,  
y le traigo, porque deba  
mi obligación a tu amor,  
sobre tantas, la fineza  
de cuidar de su regalo.

LUCRECIA Será mi atención primera.

MANSTO ¿Quién es, hijo, esta señora?

FRANCO Quien tú quisieras que sea;  
esta señora es sin quien  
no se puede hacer la cuenta:  
la huéspeda desta casa.

LUCRECIA Y quien serviros desea.

LESBIA (Ap. a Lucrecia.)

Como que el viejo es curioso.

LUCRECIA ¿Qué llamas curioso, Lesbia?

Si se te suelta algún punto,  
Lo verás.

LESBIA Ojo a las medias.

FRANCO Llevadle donde descanse.

MANSTO Eso mi humildad os ruega;  
que a fe que lo he menester

LUCRECIA Venid muy en hora buena.

MANSTO Dios os pague tanto alivio.

Mas, Señora, no quisiera  
embarazaros la casa:  
donde no os haga molestia  
me dad algún rinconcillo;  
que según males me cercan,  
ese de día y de noche  
habrá de ser mi vivienda.

LUCRECIA Yo os pondré donde estéis bien.

DATO Lesbia, ayúdame; ¿qué esperas?

LESBIA Vamos, aunque siento que haya  
suegro en casa.

DATO ¿Por qué, Lesbia?

LESBIA ¿Hay cosa peor que un suegro?

DATO Sí, y mucho.

LESBIA ¿Quién?

DATO Una suegra.

(Vanse Dalo, Lucrecia y Lesbia, llevándose a Mansto)

ESCENA VIII

FRANCO; luego, EL SARGENTO.

FRANCO De lo que me ha sucedido  
el alma traigo suspensa.  
Pasando yo con mi padre,  
para sacarle de Sena,  
por donde maté aquel hombre,  
la misma voz que en mi afrenta  
me dio antes horror, me dijo:  
«Franco, en el juego te emplea;  
que hoy perdiendo has de ganar.»  
Y hasta que llegué a esta puerta  
vino sonando en mi oído  
esta voz; ¿qué es lo que intenta  
conmigo el cielo? ¿Es acaso  
esta la muerte primera?  
¿No tengo (si esto le enoja)  
otras muchas y mal hechas?  
Pues ¿qué horrores me persiguen  
por este hombre? Pero Lesbia  
lleva barajas: juego hay;  
y he de ir por alguna prenda,  
pues cuanto tengo he perdido,  
a ver qué ilusión es esta.

SARGENTO Franco, esperando os está  
un caballero de Sena,  
que dice que viene a hablaros.

FRANCO Venga muy en hora buena.

SARGENTO Hidalgo, entrad.

ESCENA IX

FEDERICO. -Dichos.

FEDERICO Dios os guarde.

SARGENTO Que despachéis con presteza  
os encargo, porque es hora  
de cerrar luego las puertas.

FEDERICO Yo seré breve.

SARGENTO Eso pido. (Vase.)

ESCENA X

FEDERICO, FRANCO; luego, DATO, EL SARGENTO y LESBIA, dentro.

FEDERICO (Ap.)

Si las noticias son ciertas,  
valiéndome deste hombre,  
he de averiguar mi afrenta  
y asegurar mi venganza.

FRANCO ¿Qué mandáis?

FEDERICO La opinión vuestra,  
vuestro valor, señor Franco,  
a conoceros me empeñan  
por deseos de serviros.

FRANCO Si es esa la intención vuestra,  
yo soy esto que se ve.

FEDERICO Más es, pues de vos quisiera  
valerme para un empeño  
que he de referiros.

FRANCO Venga.

FEDERICO Vos, señor Franco, es muy cierto  
que no conocéis mis prendas.

FRANCO Basta que vos lo digáis.

FEDERICO Yo soy un hidalgo en Sena,  
donde jamás tuvo nota  
la opinión de mi nobleza,  
y hoy por una mujer fácil  
he quedado en una afrenta  
de que he de vengarme.

FRANCO (Ap.)

Malo.

FEDERICO Yo servía una dama bella  
(Ap. Así encubro mi deshonra)  
en tan finas asistencias,  
que hice público mi amor;  
y ella fue tan poco atenta  
(mujer, en fin), que liviana  
despreciando mis finezas,  
con un soldado (que ignoro)  
que admitió libre en mi ausencia,  
se salió.

FRANCO ¡Cuerpo de Dios!  
¿No es vuestra dama?

FEDERICO Sí era.

FRANCO (Ap.)

Por Dios, que pensé que hablaba  
el hermano de Lucrecia.

FEDERICO Ella, en fin, sé que ha venido,  
por avisos y por señas,  
a este castillo, y que es  
un capitán quien la lleva.  
De vos me vengo a valer,  
porque haciendo diligencia,  
sepáis, con señas que os diere,  
quien es, estando a mi cuenta  
el justo agradecimiento.

FRANCO ¿Para qué es tan larga arenga?  
¿Es más que hurtarle la dama,  
y romperle la cabeza?

FEDERICO Sí; que el ser público el caso  
hace más viva la ofensa,

y el descrédito mayor  
que a darle muerte me empeña.  
FRANCO Pues eso, apretar la mano,  
y al sacudirle, correrla.

DATO (Dentro.)

¿En cuánto dijo?

SARGENTO (Dentro.)

Es engaño.

LESBIA (Dentro.)

Siete barajas con esta  
se deben.

FEDERICO ¿Qué es esto?

FRANCO Nada;

voces son de los que juegan.

FEDERICO Pues si en eso os empeñáis,

para que principio tenga  
mi agradecimiento, os pido  
(perdonando la licencia)  
que os pongáis por mí una gala  
del valor desta cadena.

(Dale una cadena.)

FRANCO Si me hacéis esa merced,

yo debo muchas finezas  
a la huésped de casa.

A llamarla iré, -mas ella  
sale ya, y en vuestro nombre  
se la daré.

FEDERICO Norabuena.

ESCENA XI

LUCRECIA. -FEDERICO, FRANCO.

LUCRECIA Ya, Franco, queda tu padre..  
mas ¿quién?

FRANCO ¿Señora Lucrecia?

FEDERICO (Ap.)

¿Qué miro? ¡Válgame el cielo!

FRANCO Deste hidalgo a la fineza

debo tanto, que me pide  
que en su nombre esta cadena  
os pongáis; agradecedle  
la merced.

LUCRECIA Para que tenga

mi estimación, caballero,  
basta no más de ser vuestra.

FEDERICO ¡Traidora, aleve!

LUCRECIA ¡Ay de mí!

FRANCO Tened.

FEDERICO Vengaré mi afrenta.

LUCRECIA Franco, defiende mi vida;  
que es ese mi hermano (Vase.)

FRANCO ¡Buena!  
Pues ¿ahora salís con eso?

FEDERICO Aunque el mundo lo impidiera,  
me he devengar.

FRANCO Quedo, quedo;  
que esta dama está a mi cuenta,  
porque es de mi capitán.  
Ahí está vuestra cadena.

(Arroja la cadena.)

FEDERICO Yo he de ir a darle la muerte.

FRANCO ¿Sabéis si la quiere ella?

FEDERICO Y a quien mi venganza estorbe.

ESCENA XII

EL SARGENTO, DOS SOLDADOS con arcabuces y cuerdas encendidas. -FEDERICO,  
FRANCO.

SARGENTO A cerrar tocan las puertas.

Vamos, señores soldados,  
cese el juego hasta que vuelva;  
que no me levanto yo.

FEDERICO Cielos, mi venganza queda  
imposible de vengar,  
y publicada mi afrenta.

SARGENTO Hidalgo, vamos de aquí.

FEDERICO ¡Pese al rigor de mi estrella!  
¡Sin alma estoy!

SARGENTO Vamos presto.

FRANCO Yo os veré por allá fuera.

FEDERICO Yo voy con ese cuidado.

(Ap Disimular aquí es fuerza,  
y hallar medio a mi venganza;  
todo el Castillo pavesas  
hiciera, a poder mi pecho  
arrojar una centella.)

(Vase con el sargento y los soldados.)

ESCENA XIII

FRANCO; luego, DATO.

FRANCO ¡Viven los cielos, que he dado  
con todo el secreto en tierra!

Pero yo ¿de qué me aflijo?  
¿No lo ha de remediar esta?  
(Señalando la espada.)

Pues llueva, hermanos, el cielo,  
aunque a hospitales los llueva.

(Sale Dato rompiendo los naipes.)

DATO Malditos sean los trapos de que hicieron

el papel, el engrudo que os echaron;  
maldito sea el color conque os tiñeron  
y las tijeras con que los cortaron,  
la tienda que los vende, y el tendero,  
y yo pues he perdido mi dinero,  
y vuélvase en el aire este manojo  
de diablos, que se lleven lo que arrojo.

FRANCO ¿Qué es esto, Dato?

DATO Franco, haber perdido  
cuanto tengo, tendré y cuanto he tenido  
en mi bolsa seguro,  
de presente, pretérito y futuro;  
una apariencia me ha dejado en cueros.

FRANCO ¿Por qué?

DATO Porque volaron los dineros.

FRANCO ¿Quién te ganó?

DATO El Sargento, y a las pintas,  
que se puede ir al campo a ganar quintas.

FRANCO ¿A ti el sargento?

DATO Sí, que en una cuba  
pienso que ha de pintar masque la uva.  
Damas deben de ser mis faltriqueras,  
porque las destruyeron las terceras.

FRANCO Más, vive Dios, de aqueso estoy picado,  
que de todos los sustos que he pasado.

Mas aquí se dejó aquesta cadena  
aquel hombre, y en honra de su pena,  
con ella pienso (si el Sargento aguarda)  
obligarle a que juegue la alabarda.

DATO ¿Cadena? Ángeles son nos eslabones,  
pues él vuelve cercado de mirones.

ESCENA XIV

LESBIA, EL SARGENTO, DOS SOLDADOS. -Dichos.

SARGENTO No doy barato a nadie.

LESBIA Yo no pido  
sino siete barajas que han rotpido.

SARGENTO Cobrarlas en el juego.

LESBIA No cabía.

SOLDADO 1º ¿Pido yo más que mi contaduría?

SARGENTO No he de dar blanca; no hay que hacer bambollas.

SOLDADO 2º Págueme usted la rifa de las pollas.

FRANCO Quedo, seor Sargento, si uced gusta,  
que el dar barato siempre es cosa justa.

Yo le quiero jugar esta cadena.

SARGENTO Vengan barajas muy en hora buena.

LESBIA Hélas de bermellón como escarlata.

DATO De almagre, y vil.

LESBIA (Ap.)

Yo las haré de plata.

FRANCO Sobre cincuenta escudos vusted pare,  
que luego se verá lo que pesare.

(Juegan sobre un banco.)

SARGENTO Mío es el naípe.

DATO Para de buen modo,  
que pierde las primeras hasta el codo.

FRANCO Doblón más, y doblado en una.

SARGENTO Buena.

Pues ¿dónde está el dinero?

FRANCO En la cadena,  
Y le pararé en quinta los mostachos.

SARGENTO Pues digo, ¿son cabezas de muchachos?

DATO A la sota.

SOLDADO 1º Al caballo.

DATO Voy con ella;  
ya está vista.

SARGENTO Y la mía encima della.

Una, dos, tres, y encaje; cinco, siete.

DATO La cadena voló, y el juicio y todo.

FRANCO ¿Y pierdo las primeras hasta el codo?  
¡Por vida del infierno!

DATO ¡Oh naipes crudos!

FRANCO Este aderezo juego en veinte escudos.

(Quítase la espada.)

SARGENTO Venga baraja.

LESBIA Y deben tres con esta.

DATO ¿Tres se deben?

LESBIA (Ap. a Dato.)

¿Es mucho echar al cabo,  
entre dos de pimienta, una de clavo?

FRANCO A doblón, y tercera en cuatro.

SARGENTO Digo.

DATO Y a la cuarta está el cinco.

FRANCO Mi enemigo.

SARGENTO Tres están vistas.

FRANCO Y tres mil demonios,  
quede mi indignación dan testimonios.

SARGENTO ¿Hay otra alhaja?

FRANCO Juego este coletto  
en otros veinte escudos.

(Quítase el coletto.)

SARGENTO Yo lo aceto.  
Baraja.

LESBIA Cinco van en el garito.

(Ap. Si dura el juego, a Franco te desquito.)



FRANCO En viéndola en las cuatro.

DATO Eso lo abona.

¡Ah buen hijo! que paras a la errona.  
Tres y dos, pié de perro ayuda a Dato;  
ven aquí porque seas pié de gato.

Visto está el tres de espadas.

SARGENTO Tal no diga,  
porque es el dos.

DATO Faltóle la barriga.

LESBIA Y a mí también.

SARGENTO Aquesto está acabado,  
si no hay masque jugar, seor soldado.

FRANCO Tenga, pese a mi alma y mis enojos.

SARGENTO ¿Tiene más que parar?

FRANCO Tengo los ojos,  
y los juego en lo mismo; que descreo  
de quien los hizo para tal empleo.

LESBIA ¡Qué blasfemia, Jesús!

SARGENTO ¿Qué dices, Franco?

FRANCO Que me los juegue, o que sí no, le arranco  
los sujos de la cara.

SARGENTO (Ap.)

Él está ciego;  
diré la suerte, y dejarélo luego.

FRANCO Como he dicho, los ojos.

DATO ¡Raro intento!

En no viéndola van, seor sargento.  
Honda está.

SARGENTO No más honda que recelo  
que este es el rey; ganéla, vive el cielo.

FRANCO Y yo perdí. Mas, cielos, ¿quién me quita  
los ojos? contra mí se precipita

(Cae en el suelo.)

todo el rigor de Dios. ¡Socorro, amigos!  
¡Que me abraso!

SARGENTO Dejadle, nadie siga  
a un blasfemo, a quien Dios así castiga.

(Vase.)

SOLDADO 1º ¡Qué horror!

SOLDADO 2º ¡Qué asombro!

(Vanse los soldados.)

LESBIA Dato, ¡ay Dios! ¿qué es esto?

DATO ¿Qué me preguntas, viéndome hecho un cesto?

FRANCO ¡Qué me queman! ¡Socorro, Dato amigo!

El fuego del infierno está conmigo.

LESBIA ¡Jesús!

DATO ¡Ah Lesbia! ¿Dónde vas ahora?

LESBIA Temblando a dar aviso a mi señora.

DATO Nadie está aquí.

FRANCO No veo, Dato amigo;  
los ojos he perdido.

DATO Yo testigo.

FRANCO A levantarme ayuda.

DATO Eso pretendo,  
que el corazón tu mal está sintiendo;  
mas tente, que me abrasas, que me matas.

FRANCO ¿Dónde estás?

DATO ¡Hombre, que me desbaratas!

FRANCO Tu ayuda, Dato, y tu favor me acuda.

DATO No me calientes tanto para ayuda;  
suéltame, hombre del diablo, que me quemas.

FRANCO Aguarda, espera, mi dolor no temas.

DATO ¿Qué llamas esperar? A huir arranco.  
¡Agua, señores, que se quema Franco!

(Vase.)

#### ESCENA XV

FRANCO Perdí el sentido del dolor terrible;

si levantarme intento, no es posible:  
la fuerza, el movimiento me ha quitado  
poder del cielo, contra mí indignado.

¡Los brazos no le valen a un caído!  
¡Ay de mí, cielos! Ya yo estoy rendido;  
ya conozco, Señor, que yerro en todo,  
y no he levantarme deste modo.

A Dios indigné yo, y su providencia  
le ha quitado a mi error la resistencia.

Pues levántele mi llanto,  
y al postrado me miro,  
lo que no pueden mis manos  
alcáncenlo mis suspiros.

Señor, desa ardiente espada  
(de cuyos airados filos  
siento el rigor) cese el golpe,  
que ya corta en un rendido.

Piedad, Señor, que si herir  
a quien se rinde no es digno  
de un noble valor humano,  
¿qué será a un poder divino?  
Perdón para tanto yerro,  
mi Dios; que si mucho os pido,  
vos sois Dios y yo soy hombre,  
y uno es vuestro y otro es mío.

Mas ¿cómo os dudo piadoso,  
pues aun el mismo castigo

que me hacéis, me le habéis dado  
envuelto en un beneficio?  
La vista me habéis quitado,  
y sin ella más he visto,  
pues con ojos no os miraba,  
y ya sin ojos os miro.  
Ciego estaba de ofenderos  
por mirar, y hacéis benigno  
que no mire, por quitarme  
la ceguedad del delito.  
Quien llora os templa, Señor;  
riguroso os imagino,  
si de llorar en mis ojos  
sólo dejáis el oficio.  
Señor, Señor, si este pecho  
(que no veo) os ha ofendido,  
quitarme agora los ojos  
es alentarme a pedirlos.  
Pues porque no me acobarde  
su culpa, hacéis compasivo,  
que cuando os busco piadoso,  
no pueda yo ver lo indigno.  
No quiero excusar la pena,  
sino rogaros, Dios mío,  
que al dolor de mis pecados  
troquéis el de mis castigos.  
Mas ¿cómo presumo yo  
que me oís, cuando he seguido  
(porque de vos me alejaba)  
toda mi vida un camino?  
María, abogada nuestra,  
la fe que en vos he tenido  
me valga ahora; al sagrado  
de vuestro amor me retiro.  
Tirano fuí y homicida,  
falso, blasfemo y lascivo,  
tener tantas culpas es  
empeño con que os obligo;  
pues si vuestra intercesión  
me logra el perdón que pido,  
de lo que podréis con Dios  
son crédito mis delitos.  
Pedid a un hijo por otro;  
que si vos, por nuestro alivio,  
sois madre de pecadores,  
también yo soy vuestro hijo.  
Ea, ¿qué esperáis, María?

Señora, sólo en vos fío.  
MÚSICA (Dentro.)  
Levántate, Franco, y sigue de aquesta voz el camino.  
FRANCO ¡Válgame el cielo! Ya puedo;  
ya de piedad hallo indicios;  
pues, aunque ciego, me han vuelto  
los ojos a los oídos.  
Norte vocal, sed mi gula.  
MÚSICA Sigue esta voz.  
FRANCO Ya la sigo,  
porque en mi pena, en mi llanto,  
en mi corazón contrito,  
en mi dura penitencia.  
Vea el mundo, admire el siglo,  
que estuvo ciego con ojos  
el que sin ojos ha visto.

Jornada tercera.  
Valle, cercado de ásperos montes.  
ESCENA I  
Dentro, LUCRECIA, LESBIA y BANDOLEROS, luego, EL ÁNGEL CUSTODIO, que  
sale vestido de bandolero.  
LUCRECIA (Dentro.)  
No los sigáis, dejadlos por vencidos.  
VOCES (Dentro)  
A la falda del monte, foragidos;  
¡al llano, por acá!  
LESBIA (Dentro)  
Lucrecia, espera.  
LUCRECIA (Dentro)  
Lesbia, sigue mi voz por la ladera,  
a la falda del monte.  
LESBIA (Dentro.)  
No está tierna,  
y si está asada; vamos a la pierna.  
LUCRECIA (Dentro.)  
Custodio, no te alejes.  
CUSTODIO (Sale.)  
Ya te sigo.-  
Tus auxilios, Señor, vengan conmigo.  
Custodio soy, que del celeste coro  
asisto al hombre por defensa y guía.  
Después que Franco en penitente lloro  
trocó blasfemia, robo y tiranía,

de vista corporal por Dios privado,  
de España, Italia y Francia peregrino,  
los santos templos ciego ha visitado,  
siendo María norte a su camino.  
Y della misma su fervor guiado,  
habita deste monte cavernoso  
una silvestre gruta retirado,  
sin salir della más que lo forzoso  
a pedir de limosna el alimento,  
que de su Santidad los comarcanos  
admirados, le dan para el sustento;  
donde al duro castigo de sus manos,  
de los pesados hierros que afligido  
su triste cuerpo trae, dellos cubierto,  
tanto de todos se ha desconocido,  
que para el mundo con su vida ha muerto.  
Su pobre padre ya desamparado  
y de humano favor destituido,  
con unas ruedas un leal criado,  
por los caminos mísero y tullido,  
le trae, pidiendo de limosna al hombre,  
no sustento a la vida, sino al nombre.  
Pero Lucrecia ya desesperada,  
al vicio se entregó, al deleite vano;  
y de Franco ofendida y olvidada,  
temiendo la venganza de su hermano,  
de unos locos soldados asistida,  
que del presidio al monte la siguieron,  
en su disolución gasta su vida.  
Caudillo de bandidos que acogieron,  
al robo, a la lujuria, al homicidio,  
el seguro trocó de aquel presidio.  
Mas por ser causa de su error injusto,  
tanto el ruego de Franco a Dios empeña,  
que a mí remite Dios el celo justo  
del llanto que su amor nunca desdeña.  
Y porque esta alma logre su socorro,  
tomando forma corporal, vestido  
su traje y su apariencia, el campo corro  
por compañero dellos admitido,  
para guiar sus pasos a la senda  
donde el brazo ha de hallar que la defienda.  
Su hermano (su venganza pretendiendo)  
trae el monte de deudos y de amigos  
una escuadra, a quien ella resistiendo,  
de su misma deshonra bate testigos.  
Librarla deste riesgo está a mi cuenta,

porque logre la luz que el cielo intenta.  
Malogre aquí el abismo su venganza,  
huid de mí, cautelas infernales;  
pecadores, vivid con esperanza;  
no desconfíe vuestro error, mortales;  
por sus cumbres buscad la penitencia;  
que aunque el infierno busque sus legiones,  
aunque juntos os hagan resistencia  
con asombros, peligros, ilusiones,  
en llegando al dolor de la flaqueza,  
a vuestro llanto envidia mi pureza;  
pues en glorias, aplausos y alegría  
noventa y nueve justos en un día  
de menos gozo para el cielo han sido  
que sólo un pecador arrepentido.  
Mas ya vienen.

## ESCENA II

LUCRECIA, LESBIA y EL SARGENTO, de bandoleros con pistolas; EL ÁNGEL  
CUSTODIO; luego dentro, LOS DEMÁS BANDOLEROS y DATO.

LUCRECIA Seguidme al llano todos.

LESBIA ¡Mueran cimbríos, esguízaros y godos!  
¡Muera el mundo y la carne! No hay templarme;  
que estoy hecha una onza y un adarme.

LUCRECIA ¿Custodio?

CUSTODIO ¿Qué hay, Lucrecia?

LUCRECIA Tu consejo

estorbó mi venganza; por ti dejo  
de tener hoy rendidos a mi mano  
cuantos acompañaban a mi hermano.  
La venganza he perdido  
de un tirano, un aleve, un fementido,  
que causa fue de toda mi ruina,  
y tras serlo, sus pasos encamina  
a darme muerte. Viven las estrellas,  
que influyan mis desdichas, que aunque dellas  
lo resista el poder o me lo impida,  
he de quitarle la tirana vida,  
porque el cielo salpique derramada  
su sangre infame de mi mano airada,  
y borre en su cuaderno cristalino  
el decreto cruel de mi destino.  
Por aguardarle donde tú dijiste,  
el río los libró.

LESBIA Y al verte triste  
estuvo el valor mío,  
viven los cielos, por matar el río:  
que por matar me como yo los codos;

mas tras todo esto he muerto más que todos.

CUSTODIO ¿Qué has muerto?

LESBIA Como no hemos almorzado,  
salía un pobrete, que iba muy cansado,  
la alforja te alivié, en que echarle plugo  
un jamón, una bota y un mendrugo;  
maté la sed y el hambre, y esto es cierto:  
mira si más que todos habré muerto.

LUCRECIA ¡De enojo y de furor se abrasa el pecho!

CUSTODIO Yo dejaré, Lucrecia, satisfecho  
bien presto tu deseo y mi cuidado;  
y aunque pienses que ahora te he estorbado  
el intento furioso y vengativo,  
a mayor vencimiento te apercibo.

Yo sé dónde has de hallar cabal contento,  
y dónde has de lograr el vencimiento.

SARGENTO Pues guía adonde sea la venganza  
castigo de su loca confianza;  
que repartidos ya los compañeros,  
atalayando están esos oteros.

LUCRECIA Muera este hermano vil, ciego y osado.

LESBIA Muera este hermano, y hágole cuñado.

CUSTODIO Seguidme pues, y recoged la gente;  
que antes que el sol sepulte el occidente,  
has de ver conseguida tu esperanza.

LUCRECIA Lesbia, la señal da de la venganza.

SARGENTO Pues agora verás, bella Lucrecia,  
lo que mi amor tu desenojo precia.

LESBIA ¡Al llano, compañeros!

BANDOLEROS (Dentro.)

Vamos todos.

LESBIA Gloria es verlos echar atrás los codos;  
a mi voz vienen, como gato a bofes;  
todo es bulla y contento, todo es voces.  
Más gente va al camino.

DATO (Dentro.)

Almas cristianas

(así nunca durmáis por las mañanas),  
que a estos dos pobres mancos y tullidos  
algún socorro den vuestras piedades,  
por las ochenta y tres necesidades.

LUCRECIA ¡Valgame el cielo! El pecho se me altera  
siempre que oigo esta voz; pues considera,  
siendo el padre de Franco y su criado,  
mi afrenta en ellos.

ESCENA III

DATO, tirando de un carretón, donde viene MANSTO; ambos pobremente vestidos. -  
Dichos.

LESBIA                                 ¡Qué desandrajado  
que viene el pobre Dato!

MANSTO                                 Dato amigo,  
anda a espacio; que vamos fatigados.

DATO No puedo más conmigo,  
que el hambre me da priesa. A estos cuitados,  
muertos de hambre: siquiera algún mendrugo  
me den que coma, o un celemín de harina,  
o en una artesa cantidad de engrudo.  
Así los libre Dios de hambre canina.

MANSTO Socorrednos, por Dios.

DATO                                 Hombre del diablo,  
que no sabes pedir, suelta el vocablo  
muy remilgado y pide con tonillo,  
que eso lastimará a quien llega a oillo.-  
Socorran a este pobre disparate,  
pues de los dos que ven en tal pobreza,  
uno no tiene pies ni otro cabeza;  
porque estando jugando nuestros amos,  
de una pinta corrupta así quedamos.

LUCRECIA Calla, villano, loco.

DATO                                 ¡San Marcelo!

LESBIA Calla, traidor.

MANSTO                                 ¡Qué veo, santo cielo!

DATO ¿Lesbia? ¿Lucrecia?

LUCRECIA                                 Infames, pues testigos  
sois de mi agravio, aquí de mis castigos  
probaréis el rigor, Lesbia, excusemos  
en estos dos afrentas que tenemos:  
tira tú al uno, que yo al otro tiro.

LESBIA Caigan al punto, nuestra infamia muera.

DATO Mujer de Barrabás, aguarda, espera.

CUSTODIO Tened; con unos pobres sin defensa,  
¿Qué es lo que hacer queréis?

LUCRECIA                                 Vengar mi ofensa.

MANSTO Señora, si estas canas parte han sido  
de vuestra injuria, ya me veis rendido;  
mas si os queréis vengar, no des a suerte,  
porque en mí es beneficio el darme muerte.

LUCRECIA Déjalos; que no hiera la violencia  
del rayo donde no halla resistencia.

SARGENTO Vamos, que espera ya la compañía.

LUCRECIA Vamos, Custodio.

CUSTODIO                                 Vamos; que este día  
verás lo que en mí tienes. (Ap. Guiaréla



donde el abismo rinda su cautela.)

(Vase con Lucrecia.)

DATO ¡Ah, Lesbia, Lesbia!

LESBIA De matarte dejo,  
porque no sé qué hacer de tu pellejo.

(Vase con el sargento.)

ESCENA IV

MANSTO, DATO; luego, FRANCO, dentro.

DATO ¡Ay, Señor! pues nos dejan, escapemos;  
huyamos de la furia en que nos vemos,  
que aunque se van, estuvo ya resuelta,  
y temo que han de darnos una vuelta.

MANSTO ¡Ay, Dato! Guía donde hallar podamos  
quien socorra el aprieto con que estamos.

DATO ¿Quién ha de socorrer, si no ocasionas,  
ni tú sabes pedir ni el llanto entonas?  
¿No harás algún falsete o un contralto,  
que este es de los ochavos el asalto?

MANSTO ¿No basta el verme así?

DATO No es buen encuentro,  
porque aunque estás tullido es hacia dentro;  
si tú con una yerba permitieses  
que dos llagas te hiciera en una pierna,  
vieras caer más cuartos que en taberna.

MANSTO ¡Qué esos discursos ignorantes hagas!

DATO Pues ¿hay renta más fija que dos llagas?  
Pobre hay que no las diera (si son finas)  
por un juro, aunque sea de salinas.

MANSTO Pues ¿a ese le dan más?

DATO Pues ¿no lo tocas?

MANSTO Pues ¿por qué?

DATO Por que pide por más bocas.

MANSTO Pues ¿no basta pedir por algún santo?

DATO Pobre hay que gasta (pues te admira tanto)  
ciento con retahíla. Bueno es eso,  
lo de las tentaciones del demonio:  
San Pedro, San Francisco y San Antonio;  
y si ve que el ochavo se dilata,  
con las once mil vígenes remata;  
y si no basta, apela al purgatorio,  
y aunque más se resista a la parola,  
le saca por el ánima más sola.

MANSTO ¿Qué mayor purgatorio que el que paso  
perdiendo un hijo por tan raro caso?

Un año ha que de Franco no he sabido;  
ciego quedó, no sé dónde habrá ido.

¿Si es muerto ya?

DATO El causó la muerte trague  
nuestro mal.

(Óyese ruido de cadenas.)

FRANCO (Dentro.)

Quien tal hace que tal pague.

DATO ¡Jesús, qué estruendo! El pelo se enarbola.

MANSTO ¿Qué es esto, Dato?

DATO El ánima más sola.

¡Dios mío!

MANSTO Espera; que ilusión sería.

DATO Por Dios que no he de hacerla compañía.

MANSTO No me dejes aquí.

DATO ¿Quieres que trague  
salivas?

FRANCO (Dentro.)

Quien tal hace que tal pague.

DATO Me lleve el diablo a mí si tal pagare.

MANSTO Dato, espera.

DATO El ladrón que aquí parare.

MANSTO Tu temor mi llanto apague;

llévame tras ti.

DATO Si haré.

ESCENA V

FRANCO, rodeado de una cadena y con un palo en la mano, sale, tropieza en el carretón donde está su padre y cae. -Dichos.

FRANCO Señor, contra ti pequé;  
quien tal hace que tal pague.

MANSTO ¿Quién causará asombros tantos?

DATO Alma es de algún muerto intonso;  
defiéndame aquí un responso  
del día de Todos Santos.

FRANCO ¡Ay, cielos! ¿Quién de dolor  
llega a socorrerme aquí?

MANSTO ¿Quién sois, amigo?

FRANCO ¡Ay de mí!

Soy un pobre pecador,  
y caído a verme llevo;  
que aun no he sabido perder,  
la costumbre de caer.

MANSTO ¡Válgame Dios! Pues ¿sois ciego?

FRANCO Ciego soy y ciego fui.

MANSTO ¿Perdiste la vista?

FRANCO No,  
porque siempre he sido yo  
ciego desde que nací.

MANSTO Dato, tu socorro llegue;  
un ciego es.

DATO Y ¿con cadena?

Mira a ver si es alma en pena,  
no sea que nos la pegue.

MANSTO Llega a levantarle aprisa.

FRANCO Pues en mis culpas estoy,  
sin duda alma en pena soy.

DATO Pues levántele una misa.

MANSTO Llega a ayudarle.

DATO Un demonio.

MANSTO Que le levantes espero.

DATO ¿Qué es levantarle? Primero  
levantaré un testimonio.

FRANCO Llega a socorrer mi afán;  
muerto estoy, según infiero;  
no tengáis miedo.

DATO Si quiero,  
que no he sido sacristán.

MANSTO Amigo, arrimáos a mí.

FRANCO ¿Dónde estáis?

MANSTO Dadme la mano.

(Ap. De Franco me acuerdo en vano  
Desde que este pobre oí.)

FRANCO Pues ¿de qué lloráis, Señor?

MANSTO Amigo, a mi hijo lloro,  
que en vos le miro y le ignoro,  
por tener vuestro dolor;  
nuevas dél tener no puedo,  
y es ciego.

FRANCO Ese es mi descanso.

DATO Oigan, que parece manso;  
ya le voy perdiendo el miedo.  
Pues ¿dónde vais por aquí,  
atraillado como galgo?

FRANCO A pedir limosna salgo.

DATO Pues ¿pedís limosna?

FRANCO Sí.

DATO Eso sí; ¿ve cómo enrosca  
la cadena? Aprenda el trato,  
mire todo el aparato  
que trae para juntar mosca.

Y ¿llaga en los codos? Haga  
otro tanto, y vera usted.

MANSTO ¿Qué dices?

DATO Pues ¿no lo ve?

La mosca viene a la llaga.

Si con el arenga mía

yo aqieste pobre trajera

en el carro, no lo hiciera  
con cien reales cada día.

FRANCO No tengo poco interés;  
que yo este hierro aprovecho  
para sacar los del pecho,  
que yo siento y tú no ves.  
Pues como el hierro en su centro  
clavado está, aunque no quiera,  
al golpe de los de afuera  
saliendo van los de adentro.  
A Dios, ingrato, ofendí,  
de los ojos me privó,  
y al alma me trasladó  
los que del cuerpo perdí.

MANSTO No prosigas, no prosigas;  
que no te podré escuchar,  
amigo, por el pesar  
a que con tu voz me obligas.  
O habla, porque en dolor tanto  
quedemos ciegos los dos:  
tú por decreto de Dios,  
y yo al dolor de mi llanto.

FRANCO Pues ¿por qué lloráis así?  
Que hice mal, si lo he causado.

MANSTO Porque os habéis comparado  
a un hijo que yo perdí;  
mas no será vuestro error  
tanto; que el suyo fue mucho.

FRANCO ¡Válgame el cielo! ¿qué escucho?  
Yo acaso seré peor.

MANSTO No seréis tal, porque aquel  
fue blasfemo, jugador,  
engañoso, matador,  
lascivo, ingrato, cruel.  
Al cielo tanto ofendió,  
que de su culpa indignado,  
por castigar su pecado,  
de la vista le privó.

FRANCO No prosigas, no prosigas;  
que no caben en mi pecho,  
con los delitos que he hecho,  
el dolor a que me obligas.  
O habla, porque en su distrito  
si es corto, al oír mi error,  
entrará tanto dolor,  
que echará fuera el delito.

MANSTO Pues ¿por qué no estás en ti?

FRANCO Porque he oído mi pecado.  
MANSTO Mi hijo fue desesperado.  
FRANCO También yo, y me arrepentí.  
MANSTO Mi hijo la vista jugó.  
FRANCO Yo la jugué y la perdí.  
MANSTO Él huyó luego de mí.  
FRANCO Pues ese mismo soy yo.  
MANSTO ¿Qué escucho? ¡Ay, hado prolijo!  
FRANCO ¡Padre mío!  
MANSTO Mi ansia crece.  
FRANCO Aquí está quien no merece  
que le llaméis vuestro hijo.  
MANSTO ¡Hijo mío! ¿A verte llego?  
FRANCO Ya estoy a tus pies felices.  
Tu hijo Franco soy.  
DATO ¿Qué dices?  
Hombre del diablo, ¿estás ciego?  
FRANCO Franco soy, Dato, que arranco  
La voz al dolor, porque hable.  
DATO Viéndote tan miserable.  
No puedo crêr que eres Franco.  
FRANCO ¡Ay de mí!, que ya sin ojos,  
lograr no puedo el placer  
de llegaros, padre, a ver.  
DATO Prueba con unos antojos.  
MANSTO Hijo, mi dicha le vio.  
Llega, llégame a abrazar.  
FRANCO No me mandes levantar.  
MANSTO Hijo mío, ¿por qué no?  
FRANCO Porque a Dios pedí perdón,  
que fue mi padre primero;  
tú eres segundo, y espero  
que me des tu bendición.  
MANSTO Con la mía la de Dios  
nos alcance, hijo, este día;  
y tu petición la mía,  
y la de Dios a los dos.  
Llega ahora, hijo querido.  
FRANCO ¿Si es ilusión del deseo?  
¡Padre mío, ya te veo!  
MANSTO ¡Hijo, y yo no estoy tullido!  
FRANCO A Dios el favor confieso.  
MANSTO Gracias a su amor se den.  
DATO ¿Qué miro? Y a mi también  
se me ha sanado un divieso.  
MANSTO Hijo, ¿qué habemos de hacer?  
DATO Si estáis sanos, ¿quién lo ignora?

Que tratéis de hacer ahora  
milagros para comer.

FRANCO Padre, guiado de Dios.

A aqueste monte llegué,  
en una cueva me hallé  
que es capaz para los dos;  
y della no he de salir,  
si Dios no ordena otra cosa;  
que en esta paz venturosa  
pienso acabar de vivir.

MANSTO Hijo mío, a ella me lleva.

DATO También yo iré, Franco mío,  
a ser (ya que no muy frío)  
ermitaño de la cueva.

FRANCO Mi dicha allá te diré;  
las limosnas que me dan  
allí nos sustentarán.

DATO Y lo las recogeré.

FRANCO Pues ven, Señor.

MANSTO Tú me guías.

FRANCO Bien me lo puedes fiar;  
que para poder guiar  
tengo la luz de María.

(Vase guiando a su padre.)

DATO Voy a vestirme el recado  
de ermitaño de antubión,  
y Dios me haga sabañón,  
si no fuere bien barbado. (Vase.)

ESCENA VI

EL ÁNGEL CUSTODIO y FEDERICO, de bandoleros.

CUSTODIO Ya que solos estamos, sólo espero  
saber para qué efecto me has buscado.

FEDERICO (Ap.)

Logre la suerte el golpe de mi acero,  
pues a justa venganza le he indignado.

CUSTODIO Decidme qué queréis.

FEDERICO Ya lo refiero.

Yo, amigo, soy caudillo de otra gente  
que aquel monte que el sol dora primero,  
vive no en ejercicio diferente,  
pues el robo también nos alimenta;  
y viendo que vuestro ánimo valiente  
la vuestra obedeció, daros intenta  
parte en una ocasión la ambición mía,  
que desempeñe de robar la afrenta.  
Ricas hará a una y otra compañía,  
si nos juntamos hoy en este monte

antes que muera el esplendor del día;  
porque ya descubriendo este horizonte,  
sé que vienen cargados de oro y plata  
dos mercaderes. A lograr disparte  
la empresa; que el deseo nos dilata  
con tan grandes azares la codicia;  
pues esta ni aun del riesgo se recata,  
yo expiaré el camino a su avaricia,  
sí tú señalas dónde pueda hallaros.

CUSTODIO (Ap. ¡Qué en vano que disfraza su malicia!

No sabe con quién habla; más reparos  
son estos que a estas almas hace el cielo,  
y así se han de lograr.) Para ayudaros  
toda la compañía y mi desvelo  
hoy tiene en este día convidada  
a la mesa que usamos, que es el suelo.

Aquí estará, y apenas escuchada  
vuestra seña será de mi deseo,  
cuando la empresa se verá lograda  
FEDERICO Pues si eso es cierto, del mayor trofeo  
que puedo pretender iré seguro.

CUSTODIO Ya conseguido en mi atención le veo.

FEDERICO Pues yo iré a prevenirlo.

CUSTODIO Y yo procuro  
que la puntualidad el logro sea.

FEDERICO Eso esperando estoy.

CUSTODIO Yo lo aseguro.

FEDERICO (Ap.)

Con esta industria haré que el mundo vea

(pues ya vio mi deshonor) mi venganza;  
y tal, que apenas el horror la crea;  
desquitaré en la furia la tardanza,  
y de su sangre, que beber espero,  
el verdor teñirá de mi esperanza  
los manchados blasones de mi acero.

(Vase.)

ESCENA VII

EL ÁNGEL CUSTODIO; luego, DATO; después, DOS VILLANOS, con UNA NIÑA.

CUSTODIO El riesgo que a Lucrecia ha prevenido  
su hermano es el camino verdadero  
de sacarla del malo que ha seguido.

Salga este corazón de sus errores;  
pues como aquí hasta verlo conseguido  
no moverá sus plantas destas flores.

DATO (Dentro.)

Déjenme, que voy a orar.

VILLANO 1º (Dentro.)

Padre, escuche.

VILLANO 2º (Dentro.)

Tras él voy.

(Sale Dato de ermitaño.)

DATO No se cansen; que no estoy  
hoy para milagrear.-

¿Quién creyera lo que pasa?

Santo soy en relación;

Si me dura esta opinión,

es cosa de labrar casa.

De verme con Franco estar,

deste monte los serranos

no se dan conmigo manos

a pedir y regalar.

Los prodigios que obra fiel

los atribuyen a mí;

mas ellos vienen aquí,

quiero arrobarme como él.

(Arrodíllase.)

CUSTODIO (Ap.)

Unos villanos del ruego

de Franco a valerse vienen,

y a este por santo le tienen,

error de su afecto ciego;

mas, pues a Dios por tal hombre

remedio van a pedir.

invisible he de suplir

el mérito de su nombre.

VILLANO 1º (Dentro.)

Trae el cabrito y la bota,

y en este repecho aguarda.

DATO ¿Bota dijo? ¡Oh cómo tarda!

Sin duda viene con gota.

(Salen los dos villanos con la niña desmayada.)

VILLANO 2º ¡Ay, mi hermanica querida!

VILLANO 1º El Santo la ha de sanar;

a él la podemos llegar.

¿Santo mío?...

DATO (Ap.)

De mi vida...

VILLANO 2º Arrobadado al parecer  
está.

VILLANO 1º ¡Ah santo!

VILLANO 2º Está arrobadado.

DATO (Ap.)

Si antes hubiera llegado



la bota, pudiera ser.

VILLANO 2º Vuelva acá su caridad.

¿No responde?

VILLANO 1º                            ¡Ah santo!

VILLANO 2º    ¡Ah padre!

DATO (Ap.)

Yo no sé quién es su madre;

mas puede decir verdad.

VILLANO 2º Padre, ¿no escucha aunque grito?

VILLANO 1º Tira el hábito.

DATO (Ap.)

Con tiento.

VILLANO 1º ¿Dónde tendrá el pensamiento?

DATO (Ap.)

En la bota y el cabrito.

VILLANO 2º Trasudando está del celo.

DATO (Ap.)

No es sino de que me canso.

VILLANO 1º Ya volvió.

DATO                            ¡Oh cordero manso!

Gran calor hace en el cielo.

¿Quién está aquí?

VILLANO 1º                            ¿No escuchaba

nuestra voz?

DATO No llegué a oílo.

Sólo escuché un cabritillo,

que parece que balaba.

VILLANO 1º Le traemos de presente.

DATO (Ap.)

Pues presto estará pasado.

VILLANO 2º ¡Ay padre! A esta niña ha dado

un grande mal de repente.

En tres horas la mezquina

no ha vuelto en sí.

DATO                            ¿Come y bebe?

VILLANO 1º Sí, padre; mas no se mueve.

DATO Echenla una melecina.

VILLANO 1º Echele su bendición.

VILLANO 2º No aprovechan otras cosas.

DATO Pues sájenla unas ventosas.

VILLANO 1º No; que es mal de corazón.

DATO Pues ¿quiere un milagro a posta?

VILLANO 2º Sí, que también traigo un queso.

DATO No lo puedo hacer por eso;

que me tiene más de costa.

VILLANO 1º Haga que vuelva a sus voces.

DATO Harélo por la muchacha.-

Levantese la borracha,  
o le daré veinte coces.-  
¿No vuelve? Es que se regala.

CUSTODIO (Ap.)

Por Franco y por su virtud  
cobre tu vida salud.

DATO Lévantese en hora mala.

NIÑA ¿Quién llama?

DATO ¿Ya se ha movido?

VILLANO 1º Pues ¿no lo ve?

DATO (Ap.)

¡Grande espanto!

Esto es hecho, yo soy santo,  
y no me había conocido.

VILLANO 2º ¡Milagro, milagro!

DATO Calle;

que puede escandalizar.

Cuentelo allá en el lugar;

que acá estamos en un valle.

NIÑA Hermano, ¿que llego a veros?

Da un abrazo a quien te adora.

VOCES (Dentro.)

¡Al valle!

LESBIA (Dentro.)

A comer, que es hora.

VILLANO 1º ¿Qué es esto?

DATO Los bandoleros.

VILLANO 1º Huyamos.

DATO Yo les consagro

mi temor; mas ¿el presente?

¿A quién digo? Buena gente,

¿Quieren correrme el milagro?

VILLANO 2º En la encina lo hallarás.

(Vanse los dos villanos con la niña.)

DATO Escapar quiero con él

de esta canalla cruel.

CUSTODIO Hipócrita, ¿dónde vas?

¿Cómo te finges austero

para lograr esa palma?

DATO Pues diga, pese a su alma,

predica y ¿es bandolero?

ESCENA VIII

LUCRECIA, EL SARGENTO; LESBIA, con un canastillo lleno de viandas; UN  
BANDOLERO; después, FEDERICO, dentro. -Dichos.

(Saca Lesbia el recado que tras en el canastillo y lo coloca sobre la yerba.)

LESBIA Ea, vamos a comer;

que están las ollas bizarras.

LUCRECIA Comamos.

DATO (Ap.)

Caí en sus garras.

SARGENTO A fe, que ya es menester.

LUCRECIA ¿Custodio?

CUSTODIO Aquí os esperaba.

LUCRECIA No me puedo hallar sin ti.

DATO (Ap.)

¡Si no me hallases a mí!

LESBIA (Reparando en Dato.)

¿Qué veo?

DATO (Ap.)

Mi vida acaba.

LESBIA ¿Es Dato?

DATO (Ap.)

¡Lance infelice!

LESBIA Lucrecia, ¿no ves a Dato?

DATO No soy Dato ni soy gato.

LESBIA Dato es.

DATO Miente quien lo dice.

LUCRECIA Pues ¿de ermitaño se entabla?

DATO Soy santo.

LESBIA Pues no estás magro.

DATO Calle, o haré aquí un milagro  
con que la deje sin habla.

LUCRECIA Ea, de comer nos den.

LESBIA Llega, y comerás, cuitado.

DATO Eso vaya, si es hurtado.

LESBIA Por eso sabrá más bien.

LUCRECIA No sé qué temor me altera,  
que a comer sin gana llego.

CUSTODIO (Ap.)

Presume el corazón ciego  
la mudanza que le espera.

LESBIA Pon estos pájaros, Dato,  
y siéntate ahí en el suelo.

(Dale un plato, que estará cubierto.)

DATO (Colocándolo en el suelo.)

Pues esta garra es al vuelo,  
para mí viene este plato.

SARGENTO Hermano, los pecadores  
por acá en el monte usamos  
comer de lo que matamos.

DATO Lo mismo hacen los doctores.

LUCRECIA Pues ¿qué vocación te llama,  
que a ermitaño te has metido?

DATO Sigo a Franco arrepentido;

que es ya santo de gran fama.

SARGENTO ¿Franco?

DATO Franco.

LUCRECIA Y ¿dónde está?

DATO En una cueva metido,  
tan santo y tan compungido,  
que allí Dios a verle va.

SARGENTO ¿Franco en tan santos cuidados?

Esta es de las que echar suelen;  
más posible es el que vuelen  
estos pájaros asados.

(Al decir esto descubre el plato donde están los pájaros y lo vuelve a tapar.)

CUSTODIO (Ap. Yo volveré por tu honor.)

Déjenlo, y comamos. -Dato,  
descubre ya aquese plato.

DATO Digo que es santo, y mejor.

SARGENTO Como volar puede ser  
estos pájaros.

(Descubre Dato el plato, y vuelan los pájaros)

LUCRECIA ¡Qué espanto!

DATO Digo otra vez que soy santo,  
y no lo acabo de creer.

LESBIA ¡Qué asombro!

SARGENTO Digo que ha sido  
mi desconfianza necia.

CUSTODIO Franco es gran santo, Lucrecia.

LUCRECIA Absorta lo he conocido.

(Disparan dentro.)

FEDERICO (Dentro.)

Ellos son, bien los atajas.

Mueran todos a mi mano.

LUCRECIA Esta es la voz de mi hermano.

¡Muerta he quedado!

LESBIA Y yo pajas,  
vendidas sin duda fuimos.

LUCRECIA Nuestra muerte es conocida.

SARGENTO Libra, Lucrecia, tu vida  
mientras que los resistimos.

CUSTODIO Vente, Lucrecia, tras mí;  
que yo te defenderé. (Vase.)

LUCRECIA Ya voy. (Vase.)

LESBIA Yo la seguiré. (Vase.)

ESCENA IX

FEDERICO, SUS PARCIALES y BANDOLEROS, acuchillándose; EL SARGENTO,

DATO y UN BANDOLERO.

FEDERICO No salgan vivos de aquí,  
matadlos.

DATO Eso a estos dos.

FEDERICO Mueran.

SARGENTO No es fácil, traidores.

(El Sargento y los bandoleros se retiran defendiéndose, Federico los persigue con su gente, Dato queda solo en la escena.)

DATO Miren lo que hacen, señores;  
que dan a un siervo de Dios.

¡Gran mal! ¡Quién pudiera hacer  
aquí un milagro de espanto!

¡Cielos, que sea yo santo  
cuando no lo he menester!

¿Qué haré? Satanás me prueba.

¿Qué dudo? Pese a mi vida,  
cargaré con la comida,  
y meteréme en la cueva.

Franco, a ti me iré a amparar;  
mas si ellos vuelven, ¿por dónde?

(Coge la comida, entra por un lado y sale por otro.)

Monte. -Vese la entrada de una cueva.

ESCENA X

EL ÁNGEL CUSTODIO y LUCRECIA; DATO.

CUSTODIO En esta cueva te esconde;  
que en ella te has de salvar.

LUCRECIA No me dejes sola, espera.

CUSTODIO No; que a asegurarte voy. (Vase.)

LUCRECIA ¡Válgame Dios! Muerta estoy.

DATO Yo escurro por acá fuera. (Vase.)

(Entra Lucrecia dentro de la cueva.)

Interior de la cueva. -Un Cristo y una lamparilla.

ESCENA XI

FRANCO, arrodillado delante del Cristo; después, MÚSICA dentro; LUCRECIA.

LUCRECIA ¿Qué haré en tanta confusión?

Mas ¡cielos, asombro extraño!

Aquí está un santo ermitaño  
elevado en su oración.

Pero ¿qué miro? ¡Ay de mí!

¿Cómo tan mala mujer  
amparada piensa ser  
de quien con Cristo está allí?

Mas la piedad moverá  
su favor. -Santo varón,  
amigo (su elevación  
le enmudece, absorto está),  
a una mujer afligida  
valed con vuestro sagrado.

FRANCO Señor, ¿si habréis perdonado  
los errores de mi vida?

LUCRECIA ¡Válgame el cielo! ¿qué oí?

Éste duda su perdón;  
pues con tan mal corazón  
Señor, ¿qué será de mí?  
El alma me ha traspasado,  
mi Dios, aquella sentencia.  
Si esto dice esta inocencia,  
¿qué os dirá tanto pecado?

(Vuelve el Crucifijo las espaldas, y al pie de la cruz se descubre una calavera.)

MÚSICA (Dentro.)

Tibi soli peccavi.

LUCRECIA ¡Ay infelice de mí!

La espalda me ha vuelto el Cristo,  
y el rostro a la muerte he visto;  
justo es, pues yo le ofendí.  
Pues agora, llanto mío,  
agora, agora, pesar,  
agora es tiempo de dar  
calor a pecho tan frío.  
Sean mis ojos un río,  
ciéguense a tanto dolor,  
y pues les niega el favor  
del rostro vuestra piedad,  
no les quede claridad  
para ver vuestro rigor.  
Anúdeseme el aliento  
al dolor que le quebranta,  
y la voz a la garganta  
quede asida en tal tormento.

¡Ay de mí, que aun no lo siento!

Pues vos me volvéis aquí  
la espalda (si no es que así,  
cuando no verme intentáis,  
los azotes me mostráis  
que habéis pasado por mí),  
volved, volved a templaros,  
pues ya rendida me veis;  
llanto tengo en que os bañéis,  
cabellos para limpiaros.

No, no podéis excusaros;  
que a Magdalena por ellos  
volvisteis los ojos bellos,  
y estos os han de vencer,  
pues he llegado a coger,  
la ocasión por los cabellos.

Mas si no os pueden tocar  
por estar en mi cabeza,

centro de tanta torpeza,  
yo me los he de arrancar.  
Al aire quiero entregar  
este manojo, arrancado  
de mi frente, vuelve osado,  
porque vuestros pies, más bellos,  
puedan ir a buscar ellos  
sin la raíz del pecado.

Y tú, que a sus pies te miras,  
varón justo, ejemplo grande  
de su gran misericordia,  
socórranme tus piedades;  
pues está Dios indignado,  
de ti mi temor se vale:  
lo que no por mi delito,  
por tu intercesión lo alcance.  
Piedad, piedad a mi llanto,  
socorre esta triste nave,  
que de un través se va a pique,  
siendo mis ojos dos mares.

¡Que me anego! ¡Que me anego!  
Porque no basta a sacarme  
del golfo de mis pecados  
de mis suspiros el aire.  
Con lluvia el austro me alienta  
para que mis ojos bañen  
del dolor la hinchada vela  
que al viento seca se abre.  
Zozobrando a tus pies llego,  
y dellos no he de apartarme  
sin que mi llanto el escollo  
de mis delitos ablande.

(Arrójase a los pies de Franco.)

FRANCO ¡Ay de mí! Cuando pregunte  
si mis culpas perdonaste,  
me respondes con que vea  
quien por mí te ofende fácil.  
Pues ahora, Señor mío,  
es ocasión de empeñarte  
a más piedad, que te pido  
por los dos que a tus pies yacen.  
Señor, si has vuelto la espalda  
por mostrar en las señales  
de tus azotes la causa  
que tienes para enojarte,  
con la misma acción te obligo;  
pues si por las culpas grandes

del hombre los padeciste,  
cuando tus golpes señalas,  
también tu piedad señalas,  
pues nos acuerda tu imagen  
que para olvidarte dellos  
a la espalda los echaste.  
Esta es la oveja perdida.  
Ea, Pastor; ea, Padre;  
que della tú mismo has dicho  
que más gozo al pastor trae  
ésta sola que las otras  
noventa y nueve restantes.  
Con tu palabra te obligo,  
Señor, no puedes faltarme,  
pues dices por aquel rey  
pecador en otra parte...  
(Vuélvese el Cristo mientras cantan.)

MÚSICA (Dentro.)

Cor contritum et humiliatum,  
Deus, non despicias.

FRANCO Ya el iris de paz señala  
Seguras serenidades.-

Mujer, ya Dios te perdona  
por ser tu dolor tan grande.

LUCRECIA El corazón se me arranca  
del dolor y del combate  
de mi pesar y mi culpa.  
Mis alientos son volcanes,  
fuego respiro, y parece  
que a interiores golpes graves  
este mortal edificio  
titubea, si no cae.

Lánguida la voz me avisa;  
del pulso el vital volante,  
la postrer hora el reloj  
con intercadencias late.

Ya las columnas flaquean,  
ya rinde la basa frágil  
su seguridad al peso  
de la fábrica inconstante.

Mi luz se acaba ¡ay de mí!  
Escucha mis culpas, Padre;  
mi confesión sea llama  
que doble antes que se apague.

FRANCO ¿Qué dices? que no merezco  
yo esa dignidad tan grande,  
si no es, porque más los llore,



ser la causa de tus males.

LUCRECIA ¿Qué dices?

FRANCO                               Que yo soy Franco,  
porque con llanto incesable  
debo llorar tus pecados  
con sentimiento más grande.

LUCRECIA Caiga sobre mí tu llanto  
para que mis culpas lave,  
y a tus pies, oh santo, pido  
como deuda a tus piedades,  
pues a enfermar me trajiste,  
que me llesves donde sane.

Mira que me va faltando  
aliento; que al golpe grave  
del cuchillo del dolor  
ha sido el llanto la sangre.

FRANCO ¡Dichoso dolor! ¿Qué haré?

María, tu luz me ampare.

MÚSICA (Dentro.)

Franco, pues Dios te perdona,  
busca, por lograr tu celo,  
la religión del Carmelo,  
que te ha de dar la corona.

FRANCO ¡Oh soberana María!

No sólo os debo el guiarme,  
sino el aviso también  
del socorro deste trance.-  
Levanta, mujer, pues ya  
caída, te levantaste.

Sígueme; que porque vayas  
decente, mi anciano padre  
te acompañará a la cumbre  
más cercana deste valle,  
donde está un santo convento  
que es de la virgen del Carmen.

En él los dos pediremos,  
tú fuente donde te laves,  
y yo el santo escapulario;  
y pues me guió, él me salve.

LUCRECIA Tu virtud mi arrimo sea.

FRANCO Quien te arruinó te levante.

LUCRECIA ¡Qué dicha!

FRANCO                               A Dios le agradezco...

LUCRECIA ¿Qué agradeces?

FRANCO                               Sus piedades.

LUCRECIA ¿Por qué?

FRANCO                               Porque han permitido...

LUCRECIA ¿Qué?

FRANCO                   Que las llamas voraces  
que para encenderte fueron,  
sirvan ya para alumbrarte.

Campo. -Portería y fachada principal de un convento del Carmen.

ESCENA XII

DATO, LESBIA; luego, FEDERICO, dentro.

LESBIA Dato, ampárame, que vienen.

DATO El demonio que te ampare.

Anda, mujer.

LESBIA                   Ya no puedo.

DATO Cerca está el convento.

LESBIA                   ¿Qué haces?

DATO Este es el Carmen, camina.

LESBIA ¿Adónde?

DATO                   A meterte fraile.

LESBIA Mira que llegan.

FEDERICO (Dentro.)

Seguidlos,

ninguno vivo se escape.

LESBIA Ya han muerto a Lucrecia.

DATO                   Cierto.

LESBIA Y al Sargento también.

DATO                   Dale.

LESBIA Ya a alcanzarnos vienen...

DATO                   Toma.

LESBIA Más de cien ladrones.

DATO                   Zape.

Aquesta es la portería.

Yo llamo. -¡Ah de casa, padres!

(Llama.)

LESBIA Que llegan ya; llama apriesa.

DATO Rajas el badajo se hace,

y no lo oyen. -¡Padres míos!-

Cenando están estos frailes.-

¡Padre portero!

ESCENA XIII

DOS FRAILES DEL CARMEN. -DATO, LESBIA.

UNA VOZ (Dentro.)

¿Quién llama?

DATO Salgan, pese a mi gaznate;

que se me arranca el gallillo

de dar voces.

(Salen dos frailes del Carmen.)

FRAILE 1º                   Ya los abren.

FRAILE 2º ¿Qué es lo que quieren, hermanos?

DATO ¡Socorro, socorro, padre!

Que vienen tras de nosotros  
cien hombres como gigantes.  
¡Socorro! Sí, padres míos:  
¡Socorro, que han de cascarme;  
Socorro, que ya se acercan;  
Socorro, que el miedo es grande;  
Socorro, que vienen muchos!

FRAILE 2º Quedo, que no viene nadie.

DATO ¿No vienen? Y si no vienen,  
lo pensé, así Dios me guarde.

FRAILE 2º Sólo un hombre venir veo,  
que en la apariencia del traje  
más compadece que ofende.

ESCENA XIV

FRANCO. -Dichos.

FRANCO Mis pies fatigados hallen,  
María, el centro que busco,  
pues ya a Lucrecia mi padre  
a un religioso ha guiado,  
que la confiese y la saque  
del abismo de su culpa.

DATO Franco es este. -¡Ay Franco! Dame  
mil abrazos luego al punto.

LESBIA ¡Cielos, mudanza notable!

FRAILE 2º ¿Este es Franco, de quien todos  
cuentan prodigios tan grandes?

FRANCO No soy sino un pecador  
que humilde a esas plantas yace.

De voz del cielo guiado,  
a pedirlos vengo, padres,  
que me deis para morir  
en la religión del Carmen,  
el sagrado escapulario,  
que ha sido norte brillante  
por donde saqué del golfo  
de mis delitos la nave;  
y hoy os te pido porque  
sepan todos los mortales  
que este santo hábito sólo  
a salvarnos es bastante.

FRAILE 2º ¡Qué dices?

FRAILE 1º                      Padre prior,  
désele, en nada repare,  
no le malogre un tesoro  
a la religión tan grande.

FRAILE 2º ¿Cómo eso decís, sabiendo  
que están tan pobres los padres,

que no hay en toda la casa  
ningún hábito que darle?

Pues ¿cómo quiere que ahora,  
con tantas necesidades,  
nuestra pobreza le admita?

FRANCO No me neguéis bien tan grande;  
que el ciclo os dará remedio.

DATO Padre, si este bien nos hace,  
denos el hábito a entrambos;  
que aunque no lo digo a nadie,  
soy santo de cuando en cuando,  
y porque hábito no falte,  
haré un milagro al momento.

FRAILE ¿Cómo ha de ser?

DATO Eso es fácil.

ESCENA XV

VARIOS RELIGIOSOS, dos de ellos con luces delante del ÁNGEL CUSTODIO, que trae  
el hábito en un azafate; luego, FEDERICO, dentro. -Dichos.

MÚSICA (Dentro.)

Te Deum laudamus, etc.

CUSTODIO Franco, Dios, que aquí te llama,  
para que nada te falte,  
aquí el hábito te envía.

FRANCO Mi humildad su nombre alabe.

DATO Venle aquí, me lleve el diablo  
si no soy santo; de un ángel  
tengo el alma, sean testigos.

FRAILE 2º ¡Cielos, prodigio notable!

FRAILE 1º ¡Gran ventura!

LESBIA ¡Extraño asombro!

CUSTODIO Llega, Franco, y el ultraje  
de los hierros quita al cuerpo,  
pues del alma los quitaste.

FRANCO Señor, tu voz obedezco.

CUSTODIO Tu ventura envidia un ángel.

(Quítase Franco la cadena, y mientras cantan le visten el hábito.)

MÚSICA (Dentro.)

Te Deum laudamus, etc.

FEDERICO (Dentro.)

Deje mi honrada venganza  
cubierto el campo de sangre.

DATO Estos son los bandoleros.

LESBIA ¡Ay de mí!

CUSTODIO No tema nadie;

que esto es para que de Franco  
sean las glorias cabales.

(Aparece una cruz en el fondo.)

ESCENA XVI

LUCRECIA, de rodillas al pie de la cruz y sostenida por DOS ÁNGELES; EL SARGENTO y OTROS BANDOLEROS, huyendo de FEDERICO. -Dichos.

SARGENTO Este sagrado me valga.

FEDERICO No podrá, aunque dél te ampare;

mas, cielos, ¿qué resplandores  
me han cegado en un instante?

CUSTODIO Honrad a Dios, pecadores,

la fe imitando constantes  
de Lucrecia, a quien miráis,  
pues fue su dolor tan grande,  
que después de haber lavado  
con la contrición más grave,  
en la confesión sus culpas,  
al que le dio auxilios tales  
ya el santo espíritu entrega.

LUCRECIA En manos de tus piedades,

Señor, mi alma encomiendo.

CUSTODIO Espíritus celestiales,

los que a vuestro cargo está  
esta alma, a quien amparastes,  
llevadla donde la espera  
sitia de gloria inmutable.

(Sube Lucrecia en brazos de los ángeles.)

ÁNGEL 1º Ven, dichosa pecadora.

ÁNGEL 2º Ven donde el cielo te ampare.

MÚSICA (Dentro.)

Te Deum laudamus, etc.

DATO Con esto, señores míos,

si gustan los circunstantes,  
los milagros de este santo  
dirá la segunda parte.

Lesbia irá a las recogidas,  
yo a ser donado en el Carmen;

y con que le den un vitor  
al poeta que esto hace,

Da fin dichoso a San Franco  
de Sena, el lego del Carmen.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

